

BOLSILIBROS BRUGUERA



SERVICIO SECRETO

MONUMENTO A UN ASESINO

Clark Carrados



Las bandas de música atronaban el ambiente. Había banderas y colgaduras y gallardetes y pancartas con inscripciones, y un par de cuadrillas de *majorettes* habían animado el desfile previo con sus evoluciones. Se soltaron varios globos gigantes, de los que pendían cartelones con rótulos alusivos al acto. Incluso había un pelotón de fusileros de la Infantería de Marina al mando de un sargento, a fin de recordar que el homenajeado había pertenecido a tan heroico cuerpo.



Clark Carrados

Monumento a un asesino

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1407

ePub r1.0

Lds 12.11.18

Título original: *Monumento a un asesino*

Clark Carrados, 1977

Cubierta: Fabá

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2



SS

SERVICIO SECRETO



CAPÍTULO PRIMERO

Las bandas de música atronaban el ambiente. Había banderas y colgaduras y gallardetes y pancartas con inscripciones, y un par de cuadrillas de *majorettes* habían animado el desfile previo con sus evoluciones. Se soltaron varios globos gigantes, de los que pendían cartelones con rótulos alusivos al acto. Incluso había un pelotón de fusileros de la Infantería de Marina al mando de un sargento, a fin de recordar que el homenajeado había pertenecido a tan heroico cuerpo.

La multitud se apiñaba en el centro de la plaza, donde se veía un enorme bulto cubierto con una tela, adornada con banderas nacionales y cintas y escarapelas tricolores: rojo, blanco y azul. Abundaban los fotógrafos y los cámaras de cine y TV. En una pequeña tribuna frente al monumento que se iba a descubrir, estaban ya congregadas las principales autoridades: el gobernador del estado, el alcalde, jueces, personajes de relieve y, naturalmente la viuda del homenajeado. A muchas sorprendía que la viuda tuviese menos de treinta años, pero eran los que desconocían que el homenajeado se había casado tres veces antes de morir, la última vez, con una hermosa joven a la que duplicaba largamente la edad.

El alcalde inició su discurso ante una batería de micrófonos. Era un hombre grueso, sanguíneo, pomposo. Algunos vieron el mazo de papeles que tenía en la mano y se aterraron al pensar en el tiempo que iba a durar el recital de elogios al homenajeado, cuyo monumento iba a exponerse por primera vez a la curiosidad pública.

—... Hombre heroico y valiente, herido dos veces en la pasada guerra mundial... Guadalcanal, Tarawa, Salomón, Iwojima... Emprendedor, amante de la familia, amante de la cultura y de las

bellas artes..., hombre que hizo progresar nuestra amada ciudad. Adorado por sus empleados...

Alguien tosió con fuerza, porque muchos se acordaban todavía de la forma en que Peter Vance Quashaw había destrozado la huelga en su fábrica. El alcalde, impasible, continuó su retahíla de elogios. Al fin, cuando ya los bostezos empezaban a propagarse entre la multitud como el fuego en un trigal maduro pronunció la última frase.

Se oyó una cerrada ovación. El gobernador del estado pronunció unas palabras a continuación. Luego, con la anuencia del alcalde, entregó a la viuda el cordón del que debía tirar para que cayese la tela que cubría el monumento.

Violet Quashaw, delicada como una porcelana, discretamente vestida, encendido en rubor su hermoso rostro, hizo un gesto de asentimiento a la vez que era ametrallada por las cámaras de toda clase. Movié la mano, dio las gracias a todos y, al fin, pegó un tironazo al cordón.

Las bandas de música empezaron a tocar en aquel momento *Barras y Estrellas*, mientras los *marines* presentaban armas, cien palomas fueron liberadas de sus jaulas y una docena de cohetes estallaron ruidosamente en las alturas.

La señora Quashaw abrió la boca, El gobernador parpadeó. El alcalde se aferró a la barandilla de la tribuna con manos convulsas. A uno de los soldados se le cayó el fusil, pero era porque necesitaba las manos para apretarse los costados, a causa de la risa.

Las bandas desafinaron súbitamente. En el monumento, sentado en un sillón de granito que debería haber ocupado la estatua del homenajeado, había un hombre de ropas destrozadas y barba de dos semanas, con una botella vacía en las manos. De súbito, toda la plaza fue una tempestad de carcajadas.

Los fotógrafos, los cámaras de cine y TV, los periodistas, todos corrieron hacia el monumento inesperadamente ocupado por alguien muy diferente del homenajeado. El jefe policía de Browndell reaccionó y corrió hacia el pedestal seguido de media docena de sus hombres.

Y la gente seguía riendo, riendo, hasta que al fin, el volcán de carcajadas despertó al borracho.

Tumbado en su camastro, en la celda carcelaria con que había sido «obsequiado», en espera de la decisión judicial, Dane Long se entretenía tocando su armónica. En aquellos momentos, salvo un par de timadores y una mujer que había sido encerrada acusada de prostitución, podía decirse que era el único preso de importancia en Brownell.

Cansado, Long dejó de tocar la armónica. Unos momentos. Buscó un cigarrillo, lo encendió y contempló distraídamente las azules volutas de humo que subían a lo alto. Desde la oficina del jefe de vigilantes, llegó hasta él la voz de un locutor de televisión:

—... El hombre sorprendido en el monumento a Peter V. Quashaw es un vagabundo sin documentación, que dijo llamarse Dane Long. Hasta el momento y pese a las pesquisas realizadas, no se ha podido encontrar el menor rastro de la estatua de Quashaw...

La voz del locutor cesó súbitamente. Resultaba claro que a los policías de Brownell no les gustaba lo que había sucedido. Dane Long sonrió, mientras apuraba el cigarrillo.

De pronto, oyó pasos en el corredor de celdas. Alguien se detuvo frente a la reja de la suya. Pasmado de asombro, Long vio a una hermosa mujer, vestida enteramente de negro, con un manto que le cubría incluso harta los tobillos. Su celda era una de las primeras del departamento, de modo que los demás presos no podían ver a la desconocida.

—Señor Long —dijo ella.

El preso se puso en pie. La cara de la joven era muy blanca. De no haber sido por los labios, hubiera pensado en una falta de glóbulos rojos. Pero los labios tenían un color vivo, enteramente natural, el color de una persona en plena salud.

Ella alargó una mano y le entregó unos billetes.

—Dentro de unos minutos, le pondrán en libertad. Vaya al motel Caravan. Este dinero es para que tome el autobús público. Ya tiene habitación reservada. Allí encontrará instrucciones. Adiós.

Antes de que pudiera pronunciar una sola palabra, la hermosa desconocida había desaparecido ya de su vista. Long, estupefacto, contempló los cinco billetes de diez dólares, una fortuna en sus circunstancias.

Desconcertado, volvió a encender otro cigarrillo. Las preguntas se agolpaban en su mente.

¿Quién era aquella hermosa joven? ¿Qué pretendía?

Quince minutos más tarde un vigilante abrió la puerta de su celda.

—Salga —indicó lacónicamente.

Long se puso la armónica en el bolsillo de su sucia camisa y agarró la desvencijada cazadora que completaba su pobre vestuario. Siguió al guardia y se detuvo ante la mesa que ocupaba el jefe de policía.

—Sus objetos personales —dijo Ian Masters, a la vez que le entregaba un sobre—. Compruebe si le falta algo.

Long volcó el sobre. Sesenta centavos, un reloj barato, un bolígrafo de propaganda...

—Está todo —sonrió—. Oiga, jefe, ¿quién era la mujer que ha venido a ponerme en libertad?

Los dos policías cambiaron una mirada.

—Andy, ¿has visto tú a alguna mujer?

—Jefe, aquí no ha venido nadie desde que echó a los periodistas —contestó el guardia.

Long se puso rígido.

—Pues yo no he visto fantasmas...

—Todavía le duran los efectos de la borrachera —dijo Masters ásperamente—. Amigo, será mejor que se largue. Ha sido un bonito espectáculo, pero la función ha terminado ya. ¿Está claro?

—Sí, jefe, clarísimo. Gracias *por* su hospitalidad.

Long salió a la calle. La jefatura de policía de Browndell estaba en el centro. A menos de cincuenta metros podía ver el monumento, nuevamente cubierto por la tela, en la que ya faltaban los adornos.

Pero alguien había añadido un adorno de otra clase: una tira de tela blanca, de unos cincuenta centímetros de ancho, en la que, con enormes letras de color negro, podía leerse una singular inscripción: MONUMENTO A UN ASESINO.

Long silbó entre dientes. Caminó un centenar de pasos y se detuvo ante un indicador de parada de autobús. Pocos minutos más tarde, se detuvo el vehículo, subió y tras pedir al conductor que se detuviera en el motel Caravan, se arrellanó en un asiento.

El autobús se detuvo antes de un cuarto de hora. Long vio las

letras de neón que anunciaban el lugar al que se dirigía. Fue a recepción y dio su nombre.

—Ah, señor Long, aguardábamos su llegada —dijo el recepcionista, a la vez que le entregaba una llave—. Departamento número veintidós. Es un placer tenerle entre nuestros huéspedes. Si desea tomar algo use el teléfono; disponemos de servicio permanente, día y noche.

—Muy amable —contestó Long.

De pronto, se dio cuenta de una cosa. En la policía no le habían hecho firmar el recibo de entrega de sus objetos personales. El recepcionista ni siquiera mencionaba el libro de huéspedes. ¿A quién interesaba que sus andanzas no tuvieran registro oficial? De pronto había recordado que, tras el arresto, fue lanzado directamente a la celda, sin tomarle las huellas dactilares. ¿Con qué tenebroso misterio se enfrentaba?

El departamento número 22 era una cabina independiente, con un dormitorio, baño y una salita. Había una pequeña nevera. Long la abrió y vio algunas latas de cerveza. La noche era cálida y perforó una de las latas.

Luego pensó en darse una ducha. Fue al dormitorio y se detuvo en el umbral. Sobre la cama, había un equipo completo de ropa, incluida la interior. La camisa y la cazadora, nuevas, eran muy parecidas a las que usaba. También encontró útiles de afeitar y, en el baño, cepillo de dientes y colonia.

Pero todo ello llamó menos su atención que el sobre que había encima de la mesilla de noche, dirigido a su nombre, Long rasgó el sobre y encontró unas llaves de automóvil, una nota y un plano de carreteras, en el que se había señalado una determinada ruta con lápiz rojo.

La nota decía:

«El coche es un “Chev” azul gris, año 72, matrícula
00 731

-E. Lo encontrará al final del estacionamiento del motel. Salga de aquí a las nueve en punto. Siga la ruta marcada y deténgase en la casa que verá en las inmediaciones de Bretton South Side, cuya posición

está señalada en el mapa. A la entrada verá un rótulo: M. CASTLB. Aguarde allí. Gracias».

Durante unos minutos, Long estuvo pensando en lo que podía sucederle. ¿Qué quería de él aquella hermosa joven? ¿Acaso le iba a comprometer en un asunto inconfesable?

Sintióse tentado de salir por una de las ventanas y desaparecer en las tinieblas, pero la curiosidad pudo más que él y decidió quedarse.

—Puede resultar interesante —sonrió, mientras se encaminaba al cuarto de baño.

Sin embargo, no se afeitó totalmente la barba, sino que la dejó en forma de collar. Sentíase orgulloso de su vello rojizo y quería lucirlo.

* * *

El camino serpenteaba entre montañas cubiertas de pinos. De vez en cuando, sobre todo a) aparecer un cruce o una desviación, Long consultaba el mapa, a pesar de los rótulos de señalización. El día era claro y radiante y la atmósfera resultaba vivificadora, tonificante.

De pronto, al mirar por el retrovisor, vio un coche de color oscuro situado a unos cien metros de distancia. En los primeros momentos no le dio importancia, pero luego, sin saber cómo, sospechó que era seguido.

Un cuarto de hora más adelante, encontró un cruce. La ruta que seguía era secundaria y el coche oscuro la siguió también.

Long aceleró. El conductor del otro automóvil aceleró también.

Inesperadamente oyó un pitido en alguna parte. Redujo un tanto la velocidad y miró en el tablero. Había un pulsador que le pareció extraño y lo movió. Entonces, con gran asombro, oyó una voz femenina:

—Están siguiéndole, no se preocupe.

—¡Oiga! —gritó.

—Eso es todo.

Long oyó un disparo. Empezaba a ponerse nervioso. ¿En qué

clase de juego misterioso y acaso macabro le habían hecho entrar?

La carretera inició de repente un pronunciado declive, con curvas de notoria peligrosidad. El coche de color oscuro le seguía obstinadamente, aunque sin acercarse demasiado.

A lo lejos se veía el brillo de la tranquila superficie de un lago. Su punto de destino estaba allí.

La pendiente se hizo menos acentuada y el coche entró en una profunda recta. A su derecha surgió un talud, de poca altura pero de trazado vertical. Durante un fugaz espacio de tiempo, Long entrevió una blusa de color rojo entre el verdor de la vegetación. Apenas había pasado, una mano arrojó al camino un puñado de objetos brillantes.

La mano repitió el gesto varias veces. Súbitamente, el coche perseguidor empezó a dar bandazos, a la vez que se escuchaban varios fuertes estampidos. Segundos después, el conductor lograba detener el vehículo sin, afortunadamente, sufrir el menor daño.

Long oyó las detonaciones y refrenó la marcha, para contemplar la escena a través del retrovisor. Un hombre se apeó y empezó a dar la vuelta al coche, para contemplar el deprimente espectáculo de cuatro ruedas completamente deshinchadas.

Al cabo de unos momentos volvió al coche y agarró el micrófono de un transmisor de radio:

—Habla

«Cow-boy

Uno». Mi caballo se ha quedado sin herraduras. Terreno muy accidentado. —Está bien— contestó alguien. —Regresa a pie. Te recogeremos en el próximo cruce.

—Okay.

El conductor, furioso, tiró el micrófono sobre el asiento. Luego, mascullando mil imprecaciones entre dientes, echó a andar hacia el cruce situado a unos tres kilómetros de distancia.

A los pocos minutos, alguien salió de la espesura y se acercó al automóvil. Una mano puso la palanca en punto neutral. Luego, la misma mano soltó el freno de estacionamiento. El coche empezó a rodar, lentamente al principio, con mayor velocidad después, hasta salirse de la carretera y caer por un tremendo precipicio, cuyo fondo se hallaba situado a más de cincuenta metros de distancia.

Otro coche, un «Mercedes» descapotable, arrancó de la siguiente

revuelta del camino. Al volante iba una hermosa muchacha de pelo negro, en cuyos ojos brillaba una fría resolución.

CAPÍTULO II

Dane Long vio el rótulo *M. Castle* y se adentró por el caminito que conducía a la casa de recreo, situada a cincuenta metros escasos de la orilla del lago. El paisaje era de una singular belleza. La ribera opuesta del lago, situada entre montañas azulea, apenas si resultaba visible, dada la distancia.

La casa era muy bonita, aunque no demasiado grande. Long vio un embarcadero, al cual se hallaba amarrado un pequeño crucero, con cabina. Debía de ser una embarcación muy veloz, movida por dos motores gemelos cuya potencia no bajaba de ciento cincuenta caballos. En aquellas aguas, lisas como la superficie de un espejo, la lancha, a todo gas, debía volar.

Paró el coche Saltó al suelo y subió ágilmente los cinco peldaños que había hasta la baranda. Las habitaciones de la planta baja eran muy grandes, acristaladas en una sola pieza, aunque con rejas para proteger la propiedad de los ladrones en ausencia de sus dueños.

Long llamó a la puerta, pero no le contestó nadie. La joven del pelo negro no podía tardar mucho, pensó, recordando la llamada por radio. Una chica astuta: había sabido eliminar fácilmente la persecución, mediante el lanzamiento de un saquete de tachuelas. ¿Cómo lo había previsto todo?

Para entretener el tiempo, abandonó la baranda y se dirigió al embarcadero. Durante unos momentos contempló la embarcación. La cabina, estimó, era capaz para seis personas. A popa divisó un par de rollos de cuerdas, una de las cuales tenía un garfio. En la otra había un anclote. Al dueño de la embarcación debía de gustarle la pesca. El garfio podía ser sujeto a una boya, mientras que el anclote servía para inmovilizar la lancha en el interior del lago.

De repente notó un olor extraño en el ambiente. Olía a

combustible. La embarcación había sido amarrada no hacía mucho tiempo.

Saltó a bordo. Diez minutos después volvía al embarcadero. No había nadie en el interior de la lancha. Con el ceño fruncido, se encaminó al interior de la casa.

La puerta no estaba cerrada con llave. Debía haberlo supuesto, se dijo. Cruzó el umbral y se encontró en una espaciosa sala, agradablemente decorada, con una gran chimenea de piedra.

Sentado en un enorme butacón había un hombre de unos sesenta años, grueso, aunque no obeso, casi calvo y vestido con unas ropas vulgares.

—Hola —dijo Long.

El hombre no le contestó. A Long le extrañó su inmovilidad. Ni siquiera respiraba.

Dio dos pasos y apartó un poco la cazadora de loneta que llevaba el individuo. Entonces fue cuando vio la mancha roja en la pechera de su camisa de color *beige*, Long retrocedió como si debajo de la cazadora hubiera encontrado un áspid. Súbitamente oyó un chillido a sus espaldas:

—¡Señor Quashaw!

Long se volvió. Delante de él, con los ojos desorbitados por el espanto, se hallaba la joven que el día anterior había estado a visitarle en la cárcel.

—Oh, Dios mío..., está muerto...

—Sí —confirmó Long,

* * *

El silencio se hizo de pronto denso y agobiante. Long lo quebró con un carraspeo.

—Pero le garantizo que yo no he sido —dijo.

—Ni se me ocurriría pensarlo —contestó ella, algo más rehecha—. A propósito, ya es hora de que le diga mi nombre. Me llamo Mary Castle.

—Entonces, la casa es suya.

—Sí.

Long contempló a la joven durante unos segundos. Ahora, Mary vestía una blusa de color rojo oscuro, tras la que se adivinaban las

curvas gemelas de los senos, firmes y erguidos, y pantalones largos, muy ajustados a unas piernas que, estimó Long, debían de tener los contornos deseados por una bailarina. Los ojos eran verdosos, cosa que aumentaba el exótico atractivo de su rostro, enmarcado por la frondosa cabellera negra como ala de cuervo.

—Señor Long...

—Llámeme Dane, por favor —dijo él.

—Está bien, Dane. Yo tenía que reunirme aquí con el señor Quashaw. Tenía que decirme algo de enorme importancia, pero, por lo visto, alguien se nos ha anticipado.

—Un momento —exclamó Long—. Si mi memoria no flaquea, ayer debería haberse inaugurado un monumento a Peter Vance Quashaw. Asistieron las autoridades, su viuda... ¿Cómo es posible elevar un monumento a un hombre vivo? Oh, yo sé que en ocasiones se hace, pero todos daban por sentado que había muerto.

—Yo también creía que estaba muerto, hasta hace muy poco tiempo. De todos modos, es preciso hacer algo, Dane.

—Usted dirá...

—En alguna parte de la casa debe de haber sacos o algo por el estilo. Meteremos el cuerpo de Quashaw en un saco, ataremos un lastre y lo arrojaremos al lago. No quiero que lo encuentren en mi casa.

Long respingó.

—Señorita Castle, ¿por quién me ha tomado usted? —barbotó—. Ayer me metieron en la cárcel, pero bajo una acusación muy leve: la de embriaguez. Si se descubre este homicidio, usted y yo iremos a parar a un penal para el resto de nuestros días.

—Eso es lo que sucederá precisamente, si encuentran aquí el cadáver de Quashaw —declaró la joven, con harta incongruencia, en opinión de Long—. Cuando llegue el momento, sacaremos el cadáver a relucir...

—Le aseguro que no entiendo absolutamente nada —dijo él con rotundo acento—. Y el hecho de que haya colaborado a ponerme en libertad, no significa que haya de obedecerla incondicionalmente.

—Bueno, ya hablaremos de eso en otro momento —le atajó ella con singular desenvoltura—. Aguarde aquí un instante, vuelvo enseguida.

Long se quedó a solas con el cadáver. Oficialmente, pensó, aquel

hombre había muerto muchísimo tiempo antes. Incluso se le había erigido un monumento..., en el cual, por cierto, faltaba la figura principal.

De repente, se dio cuenta de algo que le había pasado inadvertido. El muerto tenía sangre en el dedo índice. Parecía como si hubiese querido dejar un mensaje con su propia sangre, pero ¿dónde lo había escrito?

Se ladeó a derecha e izquierda. Entonces vio unos trazos ya oscuros en la pernera derecha del pantalón, que era de color crema.

Torció la cabeza por completo. Sí, había una V y una M, toscamente trazadas, no sólo por la postura, sino porque aquel índice se había movido cuando a su dueño le quedaban tan sólo unos segundos de vida. ¿Quién era la persona cuyo nombre correspondía a las iniciales?

Mary llegó en aquel momento con un gran saco y un cordel.

—Vamos —dijo lacónicamente.

—Cualquiera diría que lo había preparado todo —rezongó Long—. En estas residencias campestres no es muy corriente tener sacos de esas dimensiones.

—No sea tonto —le apostrofó Mary—. Es un saco para ropas, mantas, por ejemplo. Ayúdeme, hombre de Dios; no se quede ahí como un poste.

—Cuando esté en la cárcel escribiré un libro que se titulará: *El alcohol, fuente de todas las desdichas humanas o cómo conseguir una condena de cadena perpetua por el módico precio de una botella de whisky*. A propósito, ¿sabe que anoche había una pancarta en el monumento? —Sí.

—¿La vio? —Sí.

—Oiga, si le pregunto si mató usted a Quashaw, ¿me dirá también que sí? —exclamó Long, sarcástico.

—No.

—Ah, bueno.

Finalmente, el cadáver quedó en el interior del saco, cuya boca ató la muchacha fuertemente. Long se dispuso a llevarlo él solo, pero desistió en el acto.

—Pesa como un muerto —gruñó.

—Está muerto, Dane.

—Ah, casi lo había olvidado...

Por fortuna para Long, Mary era más fuerte de lo que su delicada figura hacía suponer. En pocos minutos, consiguieron situar el cadáver en la punta del embarcadero.

—Aguarde un momento.

Mary fue a la lancha y volvió a poco con el anclote en las manos. Después de atarlo a la boca del saco, dijo:

—Perdóneme, señor Quashaw, pero creo que es lo mejor. Algún día encontraremos a su asesina. —Amén— murmuró Long.

De pronto, Mary se volvió hacia él.

—Y ahora, hablemos claro...

La muchacha se interrumpió súbitamente. Long se dio cuenta de que tenía la vista fija en un punto situado a sus espaldas.

—¿Qué sucede? —preguntó.

Mary tendió el brazo.

—Ya vienen —murmuró—. Dane, tenemos que irnos.

Por la carretera de la montaña se veía un coche que descendía a toda velocidad, dejando una gran estela de polvo. Long calculó que el automóvil llegaría al lago antes de dos minutos.

—Tenemos dos coches...

—No hay carreteras más que hasta mi casa —exclamó ella. De pronto, lanzó una exclamación—. ¡Dane, venga, aprisa!

Long se sentía aturdido. «¿En qué clase de lío me ha metido esta loca?», se preguntó. Mary había saltado ya a la lancha.

—¡Suelte las amarras!

Long obedeció. Los dos motores rugieron satisfactoriamente. La embarcación se separó lentamente del muelle, pero al hallarse a unos veinte metros, Mary la lanzó hacia adelante con toda la potencia de sus motores. Long, sorprendido por la arrancada, cayó de espaldas, con los pies por alto.

Maldijo amargamente mientras recobraba la postura normal. Cuando hubo recobrado el equilibrio, vio que un coche se detenía frente a la casa.

Dos individuos saltaron del automóvil y corrieron unos pasos. Long, con los pelos de punta, vio que uno de ellos tenía un fusil de caza.

—¡Mary, cuidado, nos ametrallan! —gritó.

Ella volvió la cabeza un instante. Cuando salía el primer tiro, movió la rueda del timón y la lancha viró hacia estribor. La bala

silbó por el costado opuesto y levantó un chorrillo de líquido trescientos metros más adelante.

El tirador hizo varios disparos más todos ellos eludidos por una hábil maniobra de la muchacha. Long se había tendido sobre la cubierta y, cuando vio que estaban ya a suficiente distancia, se puso en pie y caminó hacia el pequeño puente de la embarcación.

—Señorita Castle, voy a decirle una cosa —exclamó, reprimiendo a duras penas la indignación que sentía.

—¿Si, Dane? —preguntó ella con encantadora sonrisa.

—No sé dónde piensa detenerse usted, pero puede tener la seguridad de que apenas haya puesto los pies en tierra firme, voy a desaparecer de su vista, con tanta rapidez, que creará que mi presencia a su lado ha sido fruto de un sueño.

—¡Pero no puede hacer eso, Dane! Su agencia lo envió...

—¿Agencia? ¿Qué agencia, Mary?

—Pues la

Brunn's

Investigations... Yo contraté un detective, para que investigase...

Solemnemente, Long se puso una mano en el pecho.

—Mary, puedo jurarle que no sólo no soy detective, sino que no he oído hablar jamás de esa agencia de investigaciones privadas —declaró.

* * *

Sin soltar las manos de la rueda, Mary se volvió hacia él y le miró afligidamente.

—¿No... no es usted...?

—No.

—Pero yo creí...

—Estaba equivocada.

—Me dijeron que el agente llegaría de una forma original...

—¿Le dijeron el nombre?

—No. Sólo dijeron que era un hombre competentísimo y que se haría notar mucho, precisamente para despistar.

—Bueno, que me he hecho notar, es cierto. Pero jamás se me ocurrió ni me pasó por mi imaginación adoptar la profesión de detective privado.

Los ojos de la joven se llenaron de agua.

—¿Y qué haré yo ahora, Dios mío? —De súbito se enfureció—. ¿Por qué no me lo dijo antes?

¿Eh? ¿Por qué se estuvo callado tan miserablemente...?

—¿Me preguntó usted algo? —gritó Long, no menos encolerizado—. Oh, no, no me preguntó nada; simplemente, vino a verme a la cárcel, hizo que me pusieran en libertad... me envió al Caravan, donde ya estaban advertidos... Todo, todo lo hizo usted sin consultarme en absoluto para nada, sin siquiera hacerme la menor indicación... Ordenó y mandó, y todos a obedecer... y hasta el alguacil y el jefe de policía dijeron que jamás la habían visto, como si fuesen protagonistas de una película de fantasmas... Encontramos un cadáver y, en lugar de avisar a la policía, lo echamos al agua, metido en un saco... ¿Por qué ha de protestar de lo que a fin de cuentas, es una sucesiva colección de errores cometidos exclusivamente por usted?

—Dane, por favor, no sea cruel conmigo —rogó ella, muy deprimida—. He intentado hacer lo que parecía mejor... Ese agente tenía que entrevistarse conmigo y con el señor Quashaw...

—Pero Quashaw estaba muerto. O debía estarlo.

—Dane por favor, deje que le explique —pidió ella—. Las cosas no son tan sencillas como usted cree.

—Nunca he creído que fueran sencillas —gruñó él.

—Pero, bueno, vamos a ver, ¿por qué apareció usted en el monumento? —exclamó ella de nuevo irritada.

—Porque no tenía un solo centavo y era el único sitio donde podía dormir un rato.

Mary abrió la boca pero, de súbito, un ruido extraño llegó hasta sus oídos. Long lo percibió también, volvió la cabeza y en el acto, lanzó una exclamación de asombro:

—¡Rayos, un helicóptero!

CAPÍTULO III

El enorme insecto metálico, cuyas aspas despedían vivos destellos como si fuesen los élitros de un escarabajo volador, pasó a toda velocidad a unos treinta metros de la lancha y a diez del agua. Long vio en la cabina esférica a dos hombres, uno de los cuales le pareció, disponía de un arma.

El helicóptero se alejó raudamente, para virar en redondo a unos trescientos metros. Luego enfiló la motora a toda velocidad.

—¡Cuidado, Mary!

La muchacha se encogió. Long se agazapó tras el parapeto del puente, justo en el momento en que una salva de proyectiles penetraba por las ventanas, haciendo volar los cristales por los aires. El rugido del motor atronó un instante la atmósfera, alejándose a continuación.

—¡Mary! ¿Se encuentra bien? —preguntó Long, alarmado.

—Sí, no se preocupe...

Long salió de la cabina. Inmediatamente torció el gesto.

—¡Ahí viene!

El helicóptero regresaba de nuevo, ahora a cinco metros escasos del lago. Long vio asomar el cañón de la pistola ametralladora y se lanzó al suelo.

La siguiente ráfaga resultó desviada y levantó una serie de piques en las aguas. Una vez más, el helicóptero viró en redondo, mientras Mary, al timón, realizaba toda suerte de maniobras a fin de evitar los ataques de los ocupantes del pajarraco de metal.

De pronto, Long concibió una idea. Se arrastró hacia la popa y agarró el garfio con ambas manos.

«¿Por qué no intentarlo?», se preguntó.

Estudió el otro extremo de la cuerda. Oyó que volvía el

helicóptero y se fingió muerto. Esta vez, sin embargo, no hubo disparos.

El piloto mantuvo su aparato casi sobre la lancha, tratando de empujarla a tierra con el poderoso chorro de viento que despedían los rotores hacia abajo. Long alzó la vista y divisó los patines a unos cinco o seis metros sobre sus cabezas.

—¡Mary! —gritó.

Ella pareció escucharle, por encima del tremendo estrépito del motor del helicóptero y volvió la cabeza. Long le enseñó el garfio. Mary hizo un gesto de asentimiento.

Primero redujo la velocidad considerablemente. El helicóptero se adelantó un poco, pero esperó a la lancha y volvió a quedarse encima. Long pudo comprender los pensamientos del piloto: los ocupantes de la lancha, amedrentados por las ráfagas de ametralladora, estaban dispuestos a obedecer las órdenes implícitas de dirigirse hacia la orilla.

De súbito se puso en pie. Lanzó el garfio hacia arriba y, con gran satisfacción, vio que agarraba en uno de los patines. Mary, que había seguido la operación con vivísimo interés, avanzó a fondo las dos palancas de gas.

La lancha saltó hacia adelante, como un caballo duramente espoleado. La cuerda se puso tensa en un segundo. Tenía unos veinte metros de largo y el helicóptero quedó rezagado.

El empuje de la lancha era terrible. A bordo del helicóptero, el piloto sintió el tironazo y quiso maniobrar, pero ya era tarde.

La cuerda se soltó apenas se había tensado. Pero el helicóptero caía irremisiblemente. Hubo una tremenda explosión de espumas y las paletas del rotor cesaron de girar en el acto. Los dos ocupantes del aparato, sin embargo, tuvieron tiempo de salir, antes de que se hundiera en el lago.

Satisfecho, Long se puso en pie. Desamarró un salvavidas y lo dejó caer a las aguas.

—No se lo merecen, pero yo no soy como ellos —dijo, cuando hubo regresado de nuevo al puente.

Mary le dirigió una viva mirada.

—Ha tenido usted una idea maravillosa —exclamó.

—Sí, pero eso no ha hecho más que retrasar el inevitable momento de nuestra captura —contestó él, muy pesimista.

—Saldremos adelante, ya lo verá —contradijo Mary con firme acento.

* * *

La cabaña estaba perdida es una pequeña hondeada que, sin embargo, tenía una visión directa al lago. Mary introdujo la lancha en un cobertizo, cuya puerta se bajó, quedando a ras de las aguas. Desde allí pasaron a la cabaña.

Era un sencillo habitáculo, compuesto por dos piezas, salón, baño y una pequeña cocina. A la entrada había una palanca, que Mary bajó en el acto.

—No se le ocurra marcharse sin avisarme —dijo.

—¿Por qué? —inquirió él muy intrigado.

—Electricidad... —respondió Mary lacónicamente—. Dispense, pero necesito peinarme un poco. En la cocina encontrará café. Ponga el agua a calentar, por favor.

Long hizo lo que le decían. Minutos después, volvió Mary, aseada y limpia, fresca como una rosa, con el pelo partido en dos mitades y sujeto atrás por una cinta de color rojo vivo. Long le entregó una taza de café.

—¿Y ahora?

—Ahora —contestó ella— hemos de descubrir al asesino de Quashaw, al detective de la Brunn's y al hombre a quien asesinó Quashaw.

—Oiga, ¿por qué no intentamos, también descubrir América?

—No sea cáustico. Es preciso que consigamos todo eso, si queremos vivir en paz el *resto* de nuestros días —dijo ella, muy seria.

—Yo pienso vivir en paz. Me iré ahora mismo...

—¡Aguarde!

La voz de Mary sonaba enérgica, Long se puso rígido.

—Está embarcado en el mismo bote —agregó ella—. Le han seguido, le han visto conmigo... No puede dejarme.

—Pero yo sólo iba de paso...

—Y se detuvo a dormir en el monumento. Por cierto, con una borrachera colosal.

—A veces, una copa de más sienta bien —se disculpó él.

—Una copa de más... ¡Se había bebido la botella entera!

—¿Y qué? Yo no le debía nada a usted ni a nadie. Si ahora agarrase otra botella, me la bebería... —Long se pasó una mano por la cara—. Supongo que estamos un poco nerviosos —dijo, algo más calmado—. Pero yo nunca me imaginé que mi paso por Browndell me causara semejantes conflictos.

—Y yo creí que era usted el hombre de la
Brunn's

—contesto ella amargamente—. No sé dónde ha podido esconderse...

—Estará muerto, seguro, como los otros.

Mary sintió que se quedaba sin aliento.

—Cielos —musitó—. Sería horrible. Otro muerto más sería...

—¿Cuántos van ya? —preguntó Long, irónico—. Pero, sobre todo, ¿por qué?

—¿Ha oído hablar alguna vez del espionaje industrial?

Long arqueó las cejas.

—Ligeramente. La industria no me interesa, salvo en el aspecto de proporcionarme las cosas que necesito para vivir con un mínimo de comodidad. ¿Qué tiene que ver todo esto con el espionaje industrial?

—Es muy sencillo: Quashaw poseía la mejor fábrica de pequeñas herramientas de alta precisión, no sólo de Browndell, sino, casi, casi, del país. Mi padre también tenía otra fábrica, aunque mucho más pequeña. Pero reventó una nueva herramienta y Quashaw por medio del espionaje industrial, la copió, la patentó y la lanzó al mercado antes que mi padre. Consecuencia, la Castle

Tool & Industrial

Machinery se fue al diablo, porque habíamos invertido casi todo el capital en esa herramienta y, al no poder darle salida, tuvimos que cerrar. Naturalmente, el Banco que nos había hecho el préstamo era de Quashaw, como no podía por menos de ser.

—Es decir, Quashaw se quedó con la patente y con la fábrica. —
Exactamente.

Long volvió a llenar las tazas de café.

—Una historia muy interesante —comentó—. Siga, siga, por favor.

—Eso sucedió hace tres años. Uno más tarde, Quashaw apareció muerto en su cama. En el primer momento se creyó que la muerte se debía al incendio producido por el cigarrillo o el cigarro que estaba fumando en la cama. Luego, la autopsia demostró que la causa real había sido un colapso cardíaco fulminante. Cuando ello sucedió, Quashaw estaba fumando y naturalmente, se incendiaron las ropas de su cama.

—Oiga, con una esposa tan guapa, dormir sólo es una tontería, me parece a mí —sonrió Long.

—Violet había ido a casa de una amiga aquella noche. Desde allí telefoneó que se retrasaría un *poco*. Esto fue confirmado por el mayordomo. Quashaw dijo que se acostaría y que la esperaría leyendo. Ya no se le vio más vivo.

—Y luego, de repente, aparece el muerto... Pero, entonces, ¿quién era el cadáver que apareció en la cama?

—Ah, eso es lo que no sabía el propio Quashaw. Al menos, es lo que me dijo cuándo nos vimos hace sólo una semana.

—A ver, explíqueme.

—Mis padres están fuera. Aunque tuvimos que cerrar la fábrica, quedó cierto capital que les permite vivir sin agobios. Yo había venido aquí, al lago, y entonces, una noche Quashaw se me apareció inesperadamente. Me llevé un susto terrible, créame.

—Seguro —sonrió Long—. Debió de creerse que estaba ante su fantasma. Pero ¿qué explicación dio para justificar su «muerte»?

—Dijo que había contratado un doble durante unos días... Parece ser que lo había hecho en alguna ocasión. Por lo visto, le convenía cerrar un negocio importantísimo, pero sospechaba que era espiado y quería moverse con entera libertad.

—Por tanto, el que murió era su doble.

—Sí, pero él sintió miedo de que le acusaran del crimen y se escondió. Aparte de eso, me dijo que se sentía sinceramente arrepentido de habernos arruinado y que haría todos los posibles por compensarnos de las pérdidas sufridas. Me citó para hoy, en mi casa del lago, en donde, dijo, terminaría de facilitarme todos los detalles de lo sucedido.

—Lo cual como es lógico, ha evitado alguien, mediante el sencillo movimiento de un dedo índice.

Mary asintió.

—Sí. Alguien sospechó que estaba vivo y ahora lo ha asesinado. Para mí al menos esa impresión me dio, Quashaw estaba ya un poco cansado de los negocios. Cuando se llega a determinado nivel, hay que luchar terriblemente para mantenerlo y eso provoca una tensión continua, que es la causa de un enorme desgaste tanto físico como mental. Yo creo que la muerte de su doble resultó, en cierto modo, providencial para Quashaw: parecía, incluso, otro hombre. Robusto, con el rostro tostado, con musculatura... Dijo que había estado vagando durante dos años, sin ser reconocido, y que habían sido los mejores años de su vida, desde que volvió de la guerra.

—No ha podido disfrutar mucho de su nueva existencia —comentó Long—. Pero dígame una cosa, Mary: en su opinión, ¿quién es el asesino?

—Para mí, hay nada menos que ocho sospechosos.

—Una lista muy larga.

Mary empezó a contar con los dedos:

—Uno, la propia esposa. Hermosa, pero llena de ambición y hasta infiel. Claro que tampoco él era un modelo de fidelidad. Su amante, al menos, la última conocida oficialmente, aunque no se hablase de ello o si se hablaba, era en voz baja, se llama Amy Weegh.

—Ya tenemos dos sospechosos —dijo Long—. ¿Cuáles son los seis restantes?

—Número tres: Norman Owens, director ejecutivo de la fábrica. Hombre codicioso; le habría gustado ser el dueño. Número cuatro: Jassy Lunn, contable jefe, también muy ambicioso. Número cinco: Billy Shoole, jefe de la sección de transporte. Número seis: Vince Michael, ingeniero jefe diseñador. Número siete: Lou Stephen, jefe de seguridad. Y, finalmente, Asaph Moenius escultor.

—¿Escultor? —se extrañó Long.

—Sí, el autor de la estatua que no fue colocada en el monumento. Un tipo raro, estrambótico,seudoprogresista y amante de la buena mesa, los buenos vinos y las mujeres hermosas. Como la señora Quashaw.

—Vaya una colección. Por lo visto todos pensaban sacar su

tajada con el gran jefazo en la sepultura.

—La habían sacado ya, aunque no por completo. Pero si alguno de ellos se enteró de que Quashaw estaba vivo, pensó que ello significaría su ruina y, en consecuencia, decidió liquidarlo definitivamente. Quashaw aparecería muerto en mi casa y, ¿quién mejor que una Castle para cargar con las culpas? Nosotros teníamos muchos motivos de resentimiento contra él, ¿no le parece?

—La hipótesis parece difícil de refutar, en efecto —admitió Long—. Pero ¿cómo piensa probar que Quashaw murió dos veces?

Mary hizo un gesto de desaliento.

—Contraté los servicios de la Brunn's, pero creo que he perdido el tiempo.

—Usted ha dicho que el detective está muerto. Si eso es cierto, un hombre ha perdido algo más valioso que el tiempo.

—Sospecho que ha sido asesinado, Dane. Después de todo lo ocurrido, debo pensar lo peor.

—Parece lógico, desde luego. Oiga el incendio de la cama debió de resultar muy conveniente para los beneficiarios de la muerte de Quashaw. El cadáver quedaría irreconocible.

—Sí, casi completamente carbonizado, según se dijo entonces.

—Pero un doble... El mayordomo, a la fuerza, debería haber notado la superchería, Mary.

—Llevaba poco tiempo en el empleo y si notó alguna rareza en el supuesto señor Quashaw, no dijo nada. Los mayordomos son todos muy discretos. Naturalmente, todo esto lo sé porque me lo contó Quashaw personalmente.

—No obstante, Quashaw era un asesino. Al menos, hay quien piensa de esa forma, Mary.

Ella hizo un gesto.

—Se le acusa de una muerte aunque nunca se pudo probar que tuviera relación alguna con el suceso —contestó—. Ni siquiera se le detuvo, aunque la *vox populi* le considerase culpable.

—¿Le preguntó usted algo sobre ese asunto?

—Sí. Lo negó rotundamente. Me pareció que era sincero... —De pronto, Mary se retorció las manos—. No sé qué voy a hacer; Quashaw ha muerto, usted no es el investigador...

—Le haré una sugerencia. Mary —dijo Long vivamente.

—¿De qué se trata?

—Usted me ayudó a salir de la cárcel. Yo quiero ayudarla ahora.

—¿Cómo, Dane?

—Investigando sobre los sospechosos.

—Pero no los conoce... ni conoce Brownell...

—Mejor, así actuaré sin complejos.

Ella le miró escrutadoramente.

—Dane, ¿quién es usted? ¿Cómo apareció en el monumento? — quiso saber.

Long se echó a reír.

—Ya le dije que estaba sin dinero. Vi un bulto cubierto por una enorme sábana, levanté una punta, vi luego el sillón de granito... y me quedé dormido.

—Con una botella en brazos —dijo Mary, con los labios fruncidos—. Estaba desesperado.

—¿Desesperado? ¿Tan joven?

—Tengo treinta años y una pena de amor muy grande. Mi prometida me abandonó el mismo día de la boda. Se fugó con un cajero.

—El cual, seguramente, habría vaciado previamente la caja.

—Si —suspiró Long.

Mary le dirigió una sonrisa de simpatía.

—Lo siento, Dane.

—Gracias. —De pronto, Long chasqueó los dedos—. Mary, en este asunto hay algo que hemos pasado por alto y que, a mi entender, es de gran importancia.

—¿Qué es Dane?

—La estatua de Quashaw. Debía estar colocada en el monumento, el cual, según mi apreciación personal, debía de ser, más o menos, como el monumento a Lincoln. El personaje, sentado en un sillón, con las manos en los brazos del mueble y una cierta actitud entre melancólica y reflexiva...

¿Dónde está la figura de granito de Quashaw? ¿Por qué no la colocaron antes de la ceremonia? Mary se quedó callada un instante. Luego, lentamente, respondió:

—Sinceramente, no lo sé, Dane.

—En cambio, yo sí sé quién puede decirnos algo sobre el particular. Adivine el nombre, chica lista. —Moenius, el escultor.

—Exactamente —corroboró Long con amplia sonrisa.

CAPÍTULO IV

Alguien le tocó en el hombro. Long despertó sobresaltado.

—Eh... ¿qué ocurre? —preguntó.

—Es la hora —dijo Mary en la oscuridad—. Hay café caliente en la cocina. Nos iremos dentro de quince minutos.

La motora salió del cobertizo en marcha atrás, lentamente. Fascinado, Long contempló el fantasmagórico espectáculo del lago en claro de luna. Era algo increíble, con una belleza que no podía describirse con palabras.

Detrás de la embarcación quedaba una línea de plata, que se estiraba casi dos mil metros, antes de fundirse de nuevo con las aguas del lago. En el silencio de la noche, Long pensó que el ruido de los motores parecía un trueno que no cesaba. Pero no se veía una sola luz en las riberas. El lago estaba completamente desierto.

—Mary —preguntó él de repente—, ¿cómo supo Quashaw que usted se encontraba en su casa?

—La distancia es grande, en efecto, pero su cabaña está en línea recta con mi casa, y además, situada a unos treinta metros sobre el nivel del lago, como habrá podido apreciar —explicó ella—. Sencillamente, Quashaw vio luces, se imaginó que habría un Castle en la casa y atravesó el lago en la motora.

Long pensó que en aquellos sucesos había todavía detalles poco claros, aunque confiaba en que todo acabaría por hallar una solución. Casi una hora después de haber zarpado, llegaban al embarcadero. Saltó al muelle, amarró la lancha y luego dio la mano a la joven.

—Los coches estarán allí, supongo —dijo Mary.

Caminaron con paso vivo. Long vio automóviles, en efecto, pero había tres y no dos como había supuesto la muchacha.

Antes de que pudieran hacer nada, un individuo les apuntó con una pistola.

—Quietos —ordenó.

Mary lanzó un gritito de susto. Long alzó las manos.

—Nos rendimos —dijo tranquilamente.

—Eso está bien —sonrió el sujeto.

Había surgido inesperadamente de detrás de su coche y dio la vuelta para situarse junto a la puerta delantera izquierda.

—Sabíamos que volverían aquí —añadió a la vez que alargaba la mano hacia el interior del vehículo.

—¿Va a usar la radio? —preguntó Long.

—Claro. ¿Cómo lo ha adivinado? —preguntó el sujeto burlonamente.

De súbito se oyó una voz enérgica:

—¡Tire la pistola!

El sujeto, alarmado, se volvió en el acto, inmediatamente, un pie se apoyó en sus riñones y se sintió proyectado hacia el coche con indescriptible violencia. Antes de que pudiera recobrarse, una mano golpeó su cabeza.

Se oyó un agudo grito de dolor cuando la nariz del ristolero se estrelló contra la parte superior del coche. Luego, Long le quitó el arma, lanzándola a las aguas del lago. A continuación, agarró al individuo por las muñecas y, a pesar de sus esfuerzos lo arrastro unos metros.

Cuando estaba a mitad del embarcadero, lo soltó. El hombre se volvió, justo a tiempo para recibir en el estómago el impacto de un pie, que lo hizo saltar hacia atrás.

—¡A bañarse, cochino! ¡Apesta a sudor! —dijo Long.

Mary se sentía estupefacta, Long echó a correr hacia el automóvil del pistolero y lo puso en marcha. Manióbró rápidamente, aceleró a toda potencia y el coche entró en el embarcadero. Long se tiró fuera del automóvil, rodó sobre las tablas y se levantó ágilmente. Un segundo después, el coche se hundía en las aguas, levantando enormes surtidores de espuma.

El pistolero, abatido y humillado, estaba todavía en el agua, agarrado al embarcadero, pero sin atreverse a salir fuera. Long observó que la muchacha parecía petrificada y la sacudió con fuerza por un brazo.

—Vamos, suba a su coche —ordenó.

Mary reaccionó. Long dejó que ella arrancase primero. Luego siguió a su zaga. Mary conocía la comarca mucho mejor.

Un cuarto de hora más tarde, Long observó que se encendían las luces de freno del coche de Mary. Paró el suyo, se apeó y caminó hasta situarse junto a la muchacha.

—¿Qué sucede? —preguntó—. ¿Por qué se ha parado?

—He estado pensando mucho... Creo que nos conviene ir al taller de Moenius en primer lunar.

—Muy bien, no hay inconveniente. Usted conoce el camino, supongo.

—Desde luego. Pero oiga, ¿quién era el hombre que amenazó al pistolero? No he vuelto a verle...

Long sonrió maliciosamente.

—Está en mi estómago —contestó.

Mary se quedó con la boca abierta. Long había empleado un truco de ventriloquia para sorprender al pistolero quien, incautamente, había caído en la trampa.

—¿Es usted...?

Long sacó un pañuelo y se cubrió con él la mano derecha, simulando un muñeco.

—Tony, ¿qué te parece la chica?

—Psé, no está mal... Algo flaca —sonó una voz infantil, llena de malicia—. Pero ya engordará y se le desarrollarán las... bueno, esas cosas redondas que tanto llaman la atención a los hombres...

—Tony, no seas grosero —dijo Long en tono de reproche.

—Pero si es la pura verdad. Vosotros, los hombres, lo primero que miráis es el escote...

—Ah, nosotros los hombres. ¿Y tú no lo eres? ¿O es que no te gustan las mujeres?

—No me ruborices, Dane. Yo no tengo la culpa de mis aficiones... ¡Mujeres, qué vulgaridad!

Mary se desternillaba de risa. De pronto, sonó una voz bronca:

—Tony, estás detenido por faltas a la moral.

—Señor policía, por favor, no me lleve preso...

—Basta, Dane, basta —cortó Mary con los ojos húmedos a causa de la hilaridad—. Me ha convencido usted. Pero ¿cómo ha conseguido esa habilidad?

Long volvió el pañuelo a su bolsillo.

—Todavía tengo más personajes, pero ya le haré una demostración en otro momento. ¿Me guiará usted a casa del escultor?

—Por supuesto. Vamos.

* * *

Por el momento, Dane no había querido mencionar a la muchacha las dos letras que Quashaw había trazado con su propia sangre en la pernera del pantalón. Era indudable, sin embargo, que las iniciales correspondían al nombre del asesino. ¿Asaph Moenius?

La casa del escultor estaba en las afueras de Browndell, en el lado opuesto, Mary condujo su coche por los límites de la ciudad, a fin de no pasar por el centro. Cuando Long detuvo su coche, vio un edificio de aspecto más bien corriente junto al cual había una especie de cobertizo con la mayor parte de paredes acristaladas. Sin embargo, y debido a las cortinas que cubrían los vidrios por la parte interior, hasta unos tres metros del suelo, resultaba imposible ver lo que había al otro lado.

Mary se encaminó directamente a la puerta del cobertizo y abrió sin llamar. Long la dejó hacer. Ella, supuso, debía llevar la iniciativa.

Un hombre, cubierto por una bata manchada de polvo, se volvió en el acto hacia ellos. Era alto, delgado, de ojos saltones, nariz ganchuda y grandes melenas, aunque ya le faltaba el pelo hasta la mitad del cráneo. En aquellos momentos tenía en la mano un martillo y un cincel.

Long vio algunas obras de estilo abstracto. Entre todas las esculturas, sólo había uno de entilo figurativo: precisamente, la que debía haber ocupado su sitio en el monumento.

—¿Qué quieren ustedes? —preguntó Moenius hostilmente—. No he concedido ninguna entrevista...

—Tendrá que escucharnos —le atajó Mary, resucita—. ¿Me conoce usted, señor Moenius?

—De vista solamente, señorita Castle.

—Mi acompañante es el señor Long. Dane, le presento a Asaph Moenius.

—Hola —dijo Long.

El escultor se limitó a hacer una inclinación de cabeza.

—Estoy ocupado —declaró fríamente.

—Voy a ser muy breve, señor Moenius —dijo la muchacha—. ¿Qué hace ahí esa estatua? ¿Por qué no está en su sitio?

—Le diré una cosa, señorita Castle. Vaya a preguntar al municipio. Yo me limité a mi trabajo, tal como me había sido encomendado. Una vez lo tuve listo, dije que ya podían venir a buscarlo. He estado un par de días fuera. Si no vinieron los obreros municipales, no es culpa mía.

Long observó la estatua sedente. El tamaño, calculó, era ligeramente superior a lo normal. «Ciento veinte a cien», pensó.

Estaba sobre una especie de carretilla de madera, montada sobre sólidas ruedas con llantas de goma maciza. Así hubiera sido remolcada hasta la plaza, en donde una grúa la habría izado hasta depositarla en su sitio.

—De modo que estuvo fuera —dijo Mary.

—Sí, y puedo probarlo...

—Nadie duda de su palabra —intervino Long—. Sin embargo, hay algo que me extraña considerablemente.

Moenius alzó las cejas.

—¿Si?

—Usted, por lo visto, es partidario de las tendencias abstractas. ¿Cómo realizó esta obra, que pareos más bien el remate de una tarta?

Moenius se echó a reír.

—Pagaban bien —contestó—. El arte per el arte es maravilloso cuando se tiene la tripa llena, amigo mío. Pero en caso contrario...

—Ya —dijo el joven—. ¿Quién pagó la factura?

—El municipio contribuyó con cierta cantidad. No diré el nombre de la persona que pagó el resto.

—Violet Quashaw —exclamó Mary instantáneamente.

Moenius apretó los labios.

—No tengo nada más que decir —contestó—. Por favor, dejen que siga trabajando.

—¿Fue usted amante de la señora Quashaw?

La pregunta procedía de Mary. El rostro de Moenius enrojeció vivísimamente. Pero no era de vergüenza, sino de furia, apreció

Long.

—No tengo por qué contestar a preguntas calumniosas —dijo el escultor—. Y si siguen aquí, me veré obligado a llamar a la policía.

Long se acercó a la estatua. Durante unos segundos la contempló con gran atención, incluso dando una vuelta completa a su alrededor. De súbito, vio una enorme maza apoyada en un bloque de granito.

Asió el mango con ambas manos. Moenius chilló:

—¡Quieto!

Era ya tarde. La maza cayó sobre la estatua.

Se oyó una serie de crujidos aterradoros. Trozos de la estatua volaron por los aires, como si fuese la cáscara de un huevo. Un terrible hedor se esparció por el ambiente.

Mary lanzó un chillido de espanto. Debajo del yeso, perfectamente pintado como si fuese granito, aparecía el cadáver de un hombre, en el que ya nacía varios días se había iniciado el proceso de putrefacción.

La capa de yeso era bastante gruesa, lo que explicaba el tamaño superior al natural. Long se detuvo un instante, todavía con la maza en alto.

De súbito, Moenius dio media vuelta y echó a correr. Los faldones de su blusa revoloteaban como las alas de un gran pajarraco. En un par de segundos desapareció de la vista de la pareja.

* * *

El jefe Masters vio la figura y se tapó la nariz con un pañuelo.

—Dios mío, qué horror —murmuro.

Había algunos agentes y un par de periodistas. Mary trataba de contestar a las preguntas de los reporteros. Fuera, en la calle, otros policías trataban de contener a la multitud.

Llegó el forense y torció el gesto. El cadáver yacía sobre una plataforma de madera, en parte, encogido todavía. Los trozos de la cáscara de yeso estaban dispersos por el suelo.

—Muerte por disparos de arma de fuego dictaminó el forense momentos más tarde. —El fallecimiento debió producirse hace una semana aproximadamente.

—Pero... —Mary se volvió hacia el jefe de policía—. Señor Masters, la estatua de Quashaw debía estar terminada hace muchísimo tiempo, Se suponía que era granito...

—Nadie la vio jamás, señorita. Moenius tenía un especial interés en que la estatua sólo fue se contemplada el día de la inauguración del monumento.

—Aquí hubo un fallo —intervino Long—. ¿Por qué no vinieron los obreros municipales a llevarse la estatua?

Masters se encogió de hombros.

—Habrá que preguntarle a Norman Owens —dijo—. Es el concejal encargado de asuntos de cultura.

—¡Owens! —exclamó Mary—. El director de la fábrica Quashaw.

—Sí, no hay incompatibilidad en los cargos.

—Es decir, Owens debía haberse encargado del traslado y montaje de la estatua —dijo Long.

—En efecto.

—Eso significa que tenía una brigada de operarios a sus órdenes.

—Sí, pero sí él no les dio orden de proceder al traslado...

—¿Era que nadie sabía la fecha en que se iba a inaugurar el monumento? Masters parecía desconcertado.

—Lo mío es guardar el orden, no trasladar estatuas —rezongó.

Mary alzó una mano.

—Jefe, le propongo una cosa: ¿por qué no interroga a Owens?

—Está bien. —Masters se volvió hacia uno de sus subordinados—. Jeff, ocúpese de que lleven el cadáver a la Morgue. Trate de identificarlo.

—Sí, señor.

La muchacha hizo un guiño. Long lo entendió en el acto. Cuando Masters vio que la pareja iba a entrar en su coche, se puso furioso.

—Mary, el hecho de que acepte una sugerencia suya, no significa que haya de llevarte conmigo —dijo.

Ella sonrió hechiceramente.

—Pagaré mi parte de la gasolina —contestó.

Los ojos de Masters recorrieron la alta figura de Long.

—¿El también?

—Sí, jefe.

—Está bien. Vamos.

Instantes después, el coche policial arrancaba a toda velocidad. Mary iba junto al jefe, que era el propio conductor. Long, en el asiento posterior encendió plácidamente un cigarrillo. —Mary— dijo el joven de pronto.

—¿Si, Dane?

—Creo que el número de sospechosos se ha reducido a uno solo.

—Moenius.

—Exactamente.

—Ya lo están buscando —gruñó Masters—. Y no tardarán en dar con él, se lo aseguro.

—Ojalá sea como dice, jefe. Ahora lo importante, no es tanto saber por qué no llevaron la estatua a su emplazamiento, sino identificar el cuerpo del desdichado empaquetado en yeso —dijo Long.

CAPÍTULO V

El coche frenó bruscamente cerca de un enorme edificio, separado de la calzada por una valla metálica. Un hombre uniformado hizo deslizarse el portón de acero a un lado.

—Si buscan al señor Owens, no ha venido hoy a trabajar —dijo el vigilante.

—¿Cómo sabe que lo buscamos Lou? Preguntó Masters.

—He oído noticias por la radio —respondió el interpelado.

—Estos periodistas... Usted sabía que Owens debía ocuparse del traslado de la estatua.

—Sí, se lo oí decir en más de una ocasión, jefe.

Long estudió al hombre de uniforme, grueso, sanguíneo, de ojos menudos. Lou Stephens, jefe de seguridad de la fábrica Quashaw, otro de los sospechosos citados por Mary Castle.

—Estará en su casa, supongo —dijo Masters.

—Al menos, avisó esta mañana que se sentía Indispuesto y que no acudiría al despacho. —Gracias, Lou.

El coche policial retrocedió unos metros. Masters hizo girar el volante y luego lo lanzó hacia adelante a toda velocidad.

Un cuarto de hora más tarde, se detenían ante una casa de lujosa apariencia, situada en un barrio residencial. Masters paró el coche frente a la entrada. Long se apeó y observó la calle transversal.

En aquellos parajes, el suelo era de simple tierra apisonada. Long pudo apreciar las huellas de un vehículo pesado que había contorneado el jardín.

Mientras Masters y Mary se situaban ante la puerta, él dio la vuelta a la casa. La piscina estaba llena de agua. Cerca del borde, se apreciaba el césped aplastado por unas ruedas de gran tamaño. Se inclinó hacia el borde. Había un hombre sentado en el fondo de la

piscina. Pero estaba parcialmente inclinado hacia atrás, debido a que carecía de asiento y que era de granito. Mary y el policía aparecieron de pronta. —No contesta nadie— dijo Masters.

—La estatua está aquí —señaló Long.

El policía lanzó una exclamación. Miró un instante hacia el agua y luego giró en redondo.

—Voy a avisar para que venga un camión grúa —manifestó.

—Dane, ¿por qué tuvieron que esconder la estatua aquí? —preguntó la muchacha—. Podían encontrarla fácilmente, ¿no cree?

Long guardó silencio. De pronto, se encaminó hacia la casa.

En la parte que daba a la piscina, la pared era casi enteramente de vidrio Long se acercó a la puerta corredera y la movió a un lado. Entonces vio los pies que asomaban por debajo de un diván.

—Mary —llamó.

—¿Qué sucede, Dane? —preguntó la muchacha.

—Creo que hemos encontrado a Owens.

Mary emitió un sonido inarticulado. Corrió hacia la entrada del salón y lanzó una mirada a los pies humanos.

—¿Owens?

El jefe Masters viro momentos después.

—He avisado por radio... —De pronto vio a la pareja en extraña actitud y frunció el ceño—. ¿Qué ocurre? —inquirió.

—Entre —invitó Long—. Quizá usted pueda identificar el cadáver.

Masters lanzó un gruñido. Luego, paso a paso, se acercó al diván, dio la vuelta y bajó un poco la cabeza.

—Owens —confirmó—. Tiene un balazo en el pecho.

* * *

Mary llegó al comedor con la sopera humeante. Después de llenar el plato de su invitado se sentó frente a él. Long parecía arrobado.

—Mmmm... Esto huele maravillosamente —dijo.

—Bah, sopa enlatada. No he podido hacerla con ingredientes naturales...

—Una gallina, un buen trozo de vaca, algo de tocino...

—Algún día se lo haré —sonrió ella—. Dane, ¿se ha dado cuenta

de lo que sucede?

—Sí, aunque hay algo que me extraña sobremanera. Por ejemplo, la estatua sedente en el fondo de la piscina. ¿Qué objeto tenía esconderla en un lugar donde podía ser encontrada con tanta facilidad? Otra cosa, si lo que querían era ocultar un cadáver, la falsa estatua no me parecía el lugar más apropiado. —¿Por qué?

—Era de yeso. Muy bien pintado, bien impermeabilizado, una capa de notable grosor... pero el material no es para permanecer a la intemperie mucho tiempo. Puede llover y, con el tiempo, el yeso se degrada... Está en un lugar donde le da mucho el sol y se agrietaría... En todo esto hay algo realmente incomprensible, créame.

—A mi entender, lo incomprensible es que no hubiesen colocado la estatua en su sitio —dijo Mary.

Long hizo un ademán con la cuchara.

—Ése es otro punto oscuro. Una estatua, en la posición sedente, como se quería representar a Quashaw, no se cincela separada del asiento sino que se realiza toda a partir de un mismo bloque.

Pero en este caso, el sillón y la figura humana se ejecutaron separadamente. ¿Por qué?

—Tal vez tenían ya el crimen preparado, ¿no le parece?

—Puede ser, pero ¿quién era la víctima?

—No me lo pregunte; ¿yo no lo había visto en todo? Los días de mí vida —dijo ella.

—Moenius salió disparado, como si lo persiguiese el mismísimo demonio. Todavía no se le ha encontrado. ¿Dónde ha podido esconderse?

—Tal vez sería conveniente preguntar a la viuda de Quashaw, ¿no le parece?

—¿Se atrevería usted?

Mary echó un vistazo a su reloj de pulsera.

—Es posible que ya lo haya hecho el jefe Masters —contentó—. ¿Más sopa?

—Sí, un poco más, por favor. Enlatada o no, está riquísima.

Cuando terminaban de cenar en la propia casa de la muchacha, sonó el timbre. Mary se levantó y abrió.

—Hola, jefe —salude—. Llega tarde para la cena, pero puedo ofrecerle una taza de café.

—Se acepta, gracias —contestó Masters—. ¿Qué tal, Dane?

Long contestó con una sonrisa. Masters se sentó frente a él.

—He estado en casa de la señora Quashaw. Me ha asegurado que hace ya mucho tiempo que no tiene la menor relación con el escultor.

—¿Se sabe ya quién es el muerto encontrado dentro de la estatua? —inquirió Long.

—No. Carecía de documentación en absoluto, y al parecer, era forastero. Hemos tomado sus huellas. Quizá el FBI nos diga algo. Por cierto, creo que he aclarado el enigma de la estatua en la piscina.

—¡Qué interesante! —exclamó Mary, que entraba en aquel momento con la cafetera humeante—. Cuento, cuento; me muero de curiosidad.

—He hablado con el jefe de la brigada de obreros municipales. Dice que acordaron con Owens una hora determinada para ir al estudio de Moenius y realizar el transporte de la estatua. Owens no se presentó, ignora los motivos. Luego, alguien lo llamó por teléfono, cerca de la medianoche, y le dijo que el traslado ya se había realizado y que no debía preocuparse más del asunto. El capataz pensó que tal vez Owens habría utilizado algún camión grúa de su fábrica y se volvió a la cama, una vecina de los Owens ha declarado que a la madrugada oyó ruido de un camión pesado pero que no le dio importancia, porque sabía que se iban a hacer obras en la piscina.

—Ah, obras en la piscina —dijo Long.

—Parece ser que se habían cansado de su forma actual. Esa vecina habló hace algún tiempo con la señora Owens, quien le dijo que su esposo había planeado una nueva piscina, en parte elevada y con una pequeña cascada. Naturalmente un trozo del fondo quedaría relleno con cemento...

—Y ahí es donde quedaría la estatua por los siglos de los siglos.

—Sí. También he investigado con la compañía constructora de piscinas. El director me ha dicho que ya había realizado los planos de la nueva piscina de Owens y que sólo esperaba la aprobación del presupuesto para iniciar los trabajos.

—Pero esto me parece un contrasentido. La estatua que debería haber quedado en el fondo de la piscina tenía que ser la de yeso y no la de granito —exclamó la muchacha.

Owens hizo un gesto de desaliento.

—A decir verdad, se han producido demasiados acontecimientos en demasiado poco tiempo —respondió—. Dos asesinatos, un artista desaparecido, dos estatuas idénticas... Mary, sólo espero que tu detective nos ayude...

Mary y Long cambiaron una mirada. Ella fue a decir algo, pero Long se apresuró a hacerle una rápida señal.

—No garantizo el éxito, pero pondré todo mi esfuerzo en solucionar el caso —declaró enfáticamente.

Masters apuró su segunda taza de café y se puso es pie.

—Todavía no he terminado —se lamentó, mientras la muchacha le acompañaba hasta la puerta—. Tendré que repasar todos mis informes...

Mary y Long se quedaron a solas.

—De modo que el jefe se cree que soy el hombre de la Brunn's

—dijo el joven, pasados unos momentos.

—No sabía si desengañarle o no...

—Eso significa que usted le había advertido.

—Sí. Masters y mi padre siempre han sido muy buenos amigos. El jefe me aprecia muchísimo.

—Ya lo he podido ver —sonrió Long—. Bien, creo que aquí ya no tengo nada que hacer.

Supongo que mi habitación en el Caravan sigue reservada.

—Desde luego.

—La llamaré mañana, Mary. —Buenas noches, Dane.

Long salió a la calle y subió al coche, arrancando sin pérdida de tiempo. Cuando llegó al motel a recoger la llave, el recepcionista le saludó con una amable sonrisa.

—Buenas noches, señor Long. ¿Se encuentra bien?

—Perfectamente. Browndell es una población que me gusta mucho. Quizá me quede una temporada.

Sobre el mostrador de recepción había un diario. Long vio una fotografía en la primera página y sonrió.

—Me han sacado muy favorecido —dijo, al verse retratado en el monumento—. Pero no tengo aspecto de estatua, ¿verdad?

—Oh, no, por supuesto que no señor Long.

La llave saltó en la palma de la mano de Long, quien

inmediatamente emprendió la retirada hacia su cabina. Abrió la puerta y ya alargaba la mano hacia el interruptor situado junto a la entrada, cuando alguien dijo:

—No encienda la luz, señor Long.

* * *

La mano del joven se inmovilizó súbitamente. Por una de las ventanas laterales entraba algo de luz, lo cual le permitió ver una oscura silueta parada al fondo de la sala, con un objeto brillante en la mano derecha.

—Estoy apuntándole con una pistola —agregó el desconocido—. Si me obliga a ello, le mataré.

—¿A qué le voy a obligar? Yo tengo las manos limpias...

—Quiero decir que no debe hacer ningún gesto sospechoso. Oígame bien, encima de la cama encontrará una importante suma. Tómela y márchese de Browndell. ¿Lo ha entendido bien?

—Con absoluta nitidez. Pero ¿qué pasaría si me negase a cumplir esa orden?

—Le aseguro que no viviría más de veinticuatro horas —contestó el desconocido con evidente tono amenazador.

De repente se oyó una voz aflautada en el cuarto:

—Dane, hijo, haz lo que te dice este señor. Coge la pasta y lárgate, muchacho.

El desconocido respingó:

—¿Eh? ¿Quién es esa mujer que está con usted?

—Hijo, eres tonto. ¿Es que no tienes ojos en la cara?

Hubo un instante de silencio. Luego, de súbito, se oyó otra voz:

—¡La policía!

El desconocido se asustó y corrió hacia la ventana, a través de la cual saltó con indescriptible agilidad. Long dio media vuelta y se echó a reír al ver la silueta que se alejaba a toda velocidad. ¿A quién le interesaba su ausencia?, se preguntó.

CAPÍTULO VI

La mujer que abrió la puerta al día siguiente era alta, de formas sensuales y abundante cabellera rubia. Debía de haberse levantado poco antes de la cama, a juzgar por su atavío. La bata de plumas y tules se abrió por delante hasta mucho más arriba de la rodilla pero no pareció sentirse muy afectada por enseñar una atractiva parte de su anatomía.

—Usted es Amy Weegh —dijo Long.

—Nunca lo he negado —contestó ella displicentemente—. Pero si piensa venderme algo, olvídelo.

Nunca compro nada a vendedores domiciliarios.

—Yo tengo algo mucho mejor que cepillos o jabón para venderle, señorita Weegh.

—No me diga. ¿Qué es?

—Amor. Y dinero.

Amy le sacó la lengua.

—Lárguese, tipo fresco... —De pronto, entrecerró los ojos—. Oiga, yo le conozco a usted. —Sí me habrá visto en los periódicos— sonrió él. —El tipo que apareció en el monumento...

—Exactamente. ¿Puedo pasar?

—¿Qué es lo que quiere de mí señor Long?

—Hablar del difunto Quashaw.

Amy curvó los labios despectivamente.

—Es un asunto cancelado desde hace un par de años —respondió.

—Justamente, poco antes de su muerte.

—Un par de semanas. Dijo que no podíamos seguir... y me licenció. ¿Algo más, señor curioso? Long contempló a la mujer de pies a cabeza.

—No me extraña —dijo.

—¿Qué es lo que no le extraña? —preguntó ella.

—Cualquier hombre se volvería loco por usted, señorita Weegh. Pero ¿fue realmente Quashaw quien le dijo Que deberían dar las relaciones por terminadas? —Hombre no iba a enviarme un mensajero...

—¿Por qué no? Era un hombre importante... —Me lo dijo él en persona.

—En persona... ¿Físicamente o por teléfono?

Amy dudó un momento.

—Por teléfono —respondió al cabo de mala gana.

—Eso significa que hacía ya algún tiempo que no la visitaba. Aproximadamente, ¿cuánto? —Un par de meses... Oiga ¿por qué le interesan tanto mis relaciones con el difunto Quashaw? No las pregonábamos en los diarios, pero tampoco nos ocultábamos como adolescentes. Tanto él como yo éramos lo suficientemente mayorcitos, ¿no le parece?

—Usted es jovencísima —dijo Long, halagadoramente—. Muchas gracias, señorita Weegh, Giró sobre sus talones y se encaminó hacia la puerta, pero ella alargó el brazo rápidamente.

—No tenga tanta prisa, amigo —dijo—. ¿Por qué me ha hecho esas preguntas?

—¿Ha estado alguna vez en Bretton South Side?

—No, nunca.

—¿Y en la ribera norte del lago?

Amy se mordió los labios.

—Un par de veces —admitió.

—¿Cuándo estuvo la última vez?

—Hace... dos años y medio.

—¿No estuvo hace unos diez días?

Ella vaciló.

—Sí —acabó por admitir.

—Vio a Quashaw vivo.

—Sí.

—¿Qué le dijo?

—Muy poca cosa. Estuvimos juntos un par de horas. Al despedirnos, me confesó que un día me aclararía todo. Ya no he vuelto a saber de él.

—¿No la ha llamado siquiera por teléfono?

—No.

—Eso significa que usted era la única persona en Browndell que conocía el importantísimo detalle de su existencia, es decir, sabía que no había muerto, como todo el mundo pensaba.

—Sí.

—Apostaría algo a que las relaciones de Quashaw con su tercera esposa es decir, la que ahora pasa por viuda, no eran satisfactorias ni mucho menos.

—¿Satisfactorias? —rió Amy—. ¡Se odiaban a muerte! Pete, yo le llamaba siempre así, se sentía desmoralizado, porque ella no quería concederle el divorcio.

—Amy, un hombre con el poder económico de Quashaw, puede fácilmente montar una trampa a su esposa. Entonces conseguiría el divorcio sin gastos, bajo la acusación de adulterio.

—Ella le tenía agarrado por el cuello. Hay una muerte de por medio, no sé más detalles, pero, al parecer, Violet guardaba pruebas que podían enviarlo a presidio por muchos años. Sobre eso él no fue nunca demasiado explícito ni yo me atreví a profundizar. Una noche, sin embargo, se explayó un poco y dijo que era inocente, aunque las pruebas estaban contra él..., pero no dio más detalles.

Long hizo un movimiento con la cabeza.

—Será cosa de averiguarlo. Muchas gracias, señorita Weegh —dijo.

De pronto, vio una gran muñeca de trapo encima de un sillón. Se acercó a la muñeca y la cogió con una mano.

—¿Le gusta? —se sorprendió Amy.

—Dane, dale las gracias a esta chica tan bonita. Se ha portado muy bien contigo, hombre, Amy saltó hacia atrás.

—Diga, esa muchacha habla...

—Pues ¿qué te habías creído, preciosa?

De pronto, la rubia comprendió y se echó a reír.

—Ha conseguido engañarme —exclamó—. Es usted un ventrílocuo estupendo, se lo aseguro.

La muñeca volvió a hablar:

—Amy, guapa, premia a este chico tan gallardo con un beso. No seas tacaña, mujer.

Amy sonrió maliciosamente. Dio un par de pasos y se acercó a

Long.

—Tengo que obedecer a... ¿Cómo se llama la muñeca?

—Nelly —contestó la interpelada.

—Muy bien, Nelly. Si tú me mandas que bese a este joven tan apuesto, lo haré de muy buena gana.

Los labios de la pareja se juntaron. La muñeca volvió su cabeza a un lado.

—Oooohhh... qué cosas tiene que ver una...

Después del beso, Amy guiñó un ojo a su visitante.

—¿Por qué no vienes a cenar conmigo esta noche? No tengo ningún compromiso, Dane.

—Yo procuraré borrar de mi agenda los restantes compromisos

—contestó él. Cuando salió a la calle, un individuo de rostro pétreo se le acercó por detrás.

—¿Long?

El joven volvió la cabeza.

—Sí.

—Camine recto hasta la esquina. Hay un coche que nos aguarda.

—Está bien.

Long había visto la mano del sujeto metida en el bolsillo de la chaqueta. Era más que suficiente para no desobedecer la orden.

La esquina se hallaba a unos treinta pasos. Cuando habían recorrido la mitad, Long vio a un agente de uniforme, parado, contemplando especulativamente el tráfico de la calle mientras balanceaba levemente la porra con ambas manos a la espalda.

—Así gasta el municipio nuestros impuestos: pagando a vagos para que tomen el sol en la acera —dijo alguien súbitamente.

El guardia se volvió en el acto.

—Sí, a usted le digo, pedazo de gandul —sonó la misma voz—. En lugar de estar haciendo aquí el vago, podía engancharse a un arado. Ahora las mulas van muy escasas, ¿sabe?

Los ojos del guardia se inflamaron. El pistolero se sentía atónito. De súbito, una porra se apoyó en su pecho.

—Andando, muchacho —ordenó, a la vez que hacía presión con la porra—. Dentro de nada te dirán quién es el mulo. ¡Vamos, camina!

—Oiga guardia, yo no he dicho...

Cuando el pistolero quiso darse cuenta, Long, aprovechando la

confusión del momento había conseguido escapar. Medio minuto más tarde, el guardia encontró una pequeña automática en el bolsillo derecho de la chaqueta del pistolero. Un hombre, sentado tras el volante de un gran coche negro, contempló la escena y accionó el arranque del vehículo.

* * *

—De modo que Violet Martin tiene pruebas de que su esposo cometió un asesinato —dijo Mary, cuando se hubo enterado de lo tratado en la entrevista de Long con Amy Weegh.

—Bueno, ¿no es usted la que pintó una pancarta con la inscripción MONUMENTO A UN ASESINO?

Ella hizo un gesto de reticencia.

—Algunos lo decían así y yo quise seguir la corriente...

—Ya, se unió a la mayoría, sin saber si tenían razón o no.

—Pero ahora se demuestra que lo del asesinato es verdad, Dane.

—Se sabe que hubo una muerte y que las pruebas parecían acusarle. Pero no es seguro que él la cometiese. Además, si sabía que iba a entrevistarse con Quashaw ¿por qué colocó la pancarta? —Bueno, digamos que... En fin, era una forma de encubrir mi actuación. En Brownell todos sabían que Quashaw nos había enviado a la quiebra.

—Pues ahora habrá que ver si esas pruebas son verídicas o existen solamente en la imaginación de la señora Quashaw. Violet pudo hacer creer a su esposo que tenía las pruebas, pero ignoramos si existen o no. ¿Comprende?

—¿Está sugiriéndome que vaya a visitarla?

—¿Prefiere, acaso, que lo haga yo, un desconocido en Brownell?

—No sé por qué no...

Long apuntó con el índice a la muchacha.

—Usted me metió en este jaleo —dijo, acusador—. Haga, al menos, su parte.

—Está bien, visitaré a la señora Quashaw —accedió Mary con un suspiro.

—Sea lista. Dicen que es fría como un *iceberg*, dura como una piedra y despiadada como un caimán a dieta.

—Algo de eso he oído, pese a sus esfuerzos por ofrecer una imagen pública agradable.

—Usted es lista. Lo demostró desde el primer día. Sea como Violet Quashaw.

—Lo procuraré. Pero ¿qué hará usted mientras tanto?

—Asistir a una entrevista muy interesante, de la que espero frutos muy provechosos —contestó Long un tanto pedante—. Y, naturalmente, procurando esquivar a mis perseguidores. Suerte tengo de saber imitar voces...

—¿Cómo ha conseguido esa habilidad? —quiso saber Mary.

—Bueno, en la familia hubo un tío, artista de variedades famoso ventrílocuo. Quizá haya oído hablar del *Prand Simonni*. Era hermano de mi madre y él me enseñó todo lo que sé sobre el particular.

—Me suena —dijo ella—. ¿Y qué hay de los perseguidores?

—Eso es lo que me gustaría saber a mí. La cosa empezó cuando me dirigía a su casa del lago. Mary, presiento que en este asunto hay involucradas fuerzas poderosísimas. ¿Qué hay en el fondo de este turbio negocio?

—Millones, Dane —declaró Mary llanamente—. La patente de mi padre. Es una herramienta muy sencilla, pero tremendamente útil. El diseño es absolutamente original y, como todo lo sencillo y original, pero, además, útil, puede tener una aceptación enorme.

—Creo que comprendo —dijo Long—. Pero ¿quién es el dueño de la patente?

—Quashaw me dijo que había redactado un documento en el que reconocía los derechos de mi padre sobre esa patente. El documento está legalizado, de modo que no haya lugar a dudas sobre su autenticidad, pero no llegó a indicarme quién lo tiene o dónde se encuentra.

—Es decir, con ese documento en la mano, ustedes podrían recuperar todos los derechos sobre la patente.

—Exacto.

Long movió una mano.

—Vamos, muchacha, empiece a pelear por lo que es suyo —sonrió.

Cuando Mary se hubo marchado, Long tomó el teléfono y marcó un número previamente consultado en la guía. No tardó en escuchar una voz femenina al otro lado de la línea.

—¿Quién es?

—El papaíto de Nelly —dijo Long con voz aflautada.

—Oh, Dane —exclamó Amy Weegh.

—Lo siento, preciosa; ha sucedido algo terrible.

—¿Estás herido? —preguntó ella con ansiedad.

—¿Herido? ¿Por qué iba a estar herido? No, guapa; sucede que me resulta imposible acudir a la cita.

—Oh, qué lástima...

—Puedes estar segura de que no se trata de otra mujer. Te lo explicaré mañana con todo lujo de detalles. Adiós, Amy.

Long colgó el teléfono y encendió un cigarrillo con aire pensativo. Después de unos minutos de intensa reflexión, se dirigió hacia la puerta.

Media hora más tarde, se hallaba en el hotel Caravan. Había tratado de evitar ser perseguido, lo que sin falsos optimismos, creía haber conseguido. Ahora sólo faltaba esperar.

Las cortinas estaban corridas. En la recepción no sabían siquiera que había llegado a su departamento. Tenía la seguridad que al hacerse de noche, alguien acudiría a visitarle.

Mientras transcurría el tiempo, Long pensó en las dos letras que había visto trazadas sobre el pantalón de Quashaw, con el índice mojado en su propia sangre. Una V y una M.

¿Qué resultado daba si se leían al revés? La V podía transformarse en una A, aunque sin el palito transversal..., pero a un moribundo no podía exigírsele «ortografía», y la M se transformaba en una W. Amy Weegh.

Ahora bien Quashaw había trazado las letras en una difícil posición. También podía señalar a Asaph Moenius, el escultor convertido en humo..., y el ingeniero de diseños otro de los sospechosos, ¿no se llamaba Vince Michaels?

Las horas transcurrieron lentamente. El sol se ocultó y llegó la noche. Una hora más tarde alguien, cautelosamente, alzó el bastidor de una de las ventanas y se introdujo en la cabina sin hacer el menor ruido.

CAPÍTULO VII

De pronto, el intruso sintió que algo duro y frío se apoyaba en su sien. Una voz dijo:

—Quieto, o te saco los sesos por el otro lado.

El hombre se quedó como una estatua. Sintió que una mano le registraba los bolsillos y hubo de resignarse a ser despojado de su revólver, un

«Smith & Wesson»,

calibre 38 y cañón corto.

La luz se encendió unos segundos después. Atónito, el intruso vio a Long con una botella de agua tónica en una mano y su revólver en la otra. Un rugido de rabia se escapó de sus labios al comprender el engaño de que había sido objeto.

—Gracioso, ¿verdad? —rió el joven. Lanzó la botella sobre un sillón, se cambió el revólver de mano y estiró el brazo—. ¿Nombre?

—Gallatin, Spike Gallatin —contestó el intruso, después de unos cuantos aspavientos de su nuez.

—Muy bien, Spike. ¿Has venido para comprobar si había obedecido la orden que me diste ayer?

—Sí.

—Tienes aspecto de ser un mercenario. ¿Quién te paga?

Los labios de Gallatin se contrajeron. Long meneó la cabeza.

—Mira. Spike, será mejor que dejemos las cosas puestas en claro de una vez —agregó fríamente—. Si no me contestas, acercaré el revólver a tu pecho y apretaré el gatillo. Cuando encuentren tu cadáver verán manchas de pólvora en la camisa. El disparo se oirá, claro, pero antes de que llegue la gente, yo tendré tiempo de desordenarme las ropas, volcar una lámpara y una silla... Diré que entraste a robarme que te sorprendí, luchamos... y el arma se

disparó en el forcejeo. Puedo asegurarte que los contratiempos que voy a sufrir serán mínimas, mientras que tú empezarás a pudrirte en una fría tumba.

Gallatin guardó silencio un instante. Lona dio un paso hacia él. La boca del arma quedó a medio metro del pecho del intruso.

—¡No, diablos! —chilló Gallatin, aterrada—. Se lo diré lodo...

—Magnífico. Empieza cuando quieras, Spike.

—Yo no estuve anoche aquí, puedo jurársela.

—Pera sabes quién estuvo.

—Sí. Me dijo que viniese a comprobar si usted seguía en la ciudad.

—Bien, ya lo has comprobado. Imagínate que no te hubiera sorprendido. ¿Qué habrías hecho entonces?

Gallatin vaciló. Long se imaginó la respuesta.

—Tenías orden de asesinarme —dijo.

—Sí —admitió el otro de mala gana—. Luego habría dejado el revólver en su mano, para que apareciese como un suicidio... —Es decir, habías venido a sorprenderme—. Sí.

—¿Te han pagado mucho?

Gallatin hizo una mueca.

—Está bien, está bien —sonrió Long—. No quiero entrar en algo estrictamente profesional. Ahora, por favor, dime el nombre de esa persona.

—No lo sé.

—Spike, no me hagas perder la paciencia...

—¡Se lo juro! El no me dijo su nombre, sólo me indicó lo que debía hacer, me pagó y...

—Al menos, podrás decirme su aspecto.

—Bueno, era bastante alto, delgado, pero no esquelético... Me pareció fuerte.

—¿Es que no le viste la cara?

—No. Me citó en el lado sur de Minerva Square, en la plaza del surtidor del parque...

No había luz apenas...

—¿Llevaba gafas? —Podía ser un dato importante, pensó Long.

—Sí. Los cristales me parecieron bastante gruesos —contestó Gallatin.

—Un Hombre alto, delgado, fuerte, con lentes de cristales

gruesos... —repitió el joven a media voz—. Está bien, puedes irte.

Gallatin dio media vuelta, pero Long le hizo rectificar en el acto.

—Spike, no pretenderás salir por la puerta, como las personas —dijo ácidamente.

—Si, señor —contestó el asesino con notable mansedumbre.

Cruzó la estancia, separó las cortinas y pasó una pierna por el antepecho de la ventana. Luego saltó al suelo, a metro y medio de distancia.

Gallatin lanzó un pequeño chillido. Long captó el ruido de su cuerpo al caer a tierra. Reaccionando velozmente, sacó el revólver por un lado de la cortina y disparó dos veces. Luego lo arrojó hacia adelante y corrió hacia su dormitorio.

Sonaron gritos de alarma. En menos de un minuto, Long estuvo vestido con el pijama y una bata corta. Así se unió a los curiosos que empezaban a acudir al lugar donde se había producido el tiroteo.

* * *

—He venido a desayunar —dijo Long a la mañana siguiente.

Mary, con el pelo revuelto y el bien formado cuerpo envuelto en una bata, le miro con cierto aire de sorpresa.

—Madruga mucho, Dane —se quejó.

—Sólo son las ocho y media. Los desayunos de las cafeterías son infectos, dietéticamente hablando.

—Oh, no empiece a soltarme un rollo, Dane. Al menos me dejará que vaya al baño.

—Claro. Yo me ocuparé de calentar el café.

Mary se alejó. Long fue a la cocina y empezó a trastear activamente. Cuando ella regresó vestida con blusa y pantalones largos, encontró la mesa puesta y el desayuno preparado.

—Me dan ganas de casarme con usted —dijo.

—Hágalo. Diré que sí, apenas el pastor me pregunte si quiero ser su esposo. Pero ¿que ha encontrado de atractivo en mí?

—Sabe preparar unos desayunos maravillosos, Dane.

—Es decir, usted quiere un esposo sólo a la hora del desayuno. ¿Y el resto del día?

—No me ponga colorada —contesto ella desenvueltamente—. A

ver, dígame qué hizo usted el resto del día. Se fue a media tarde y no ha llamado una sola vez...

—Mary, ¿conoce usted a un tipo alto, delgado pero fuerte, y que use gafas de cristales muy gruesos?

Ella le miro sorprendida.

—Sí. Es Vince Michaels, el ingeniero de diseños de la fábrica Quashaw —contestó—. Otro de los sospechosos.

—Exactamente. Pero ¿qué es lo que desea saber de él?

Long empezó a perseguir medio huevo frito con la ayuda de una tostada y el tenedor.

Luego con la boca llena, contestó:

—Paah... gó... a un... tiihpo..., para que me asehsinase... y siihmulara un suiihcidio...

Mary casi saltó del asiento.

—¿Cómo puede decir una cosa semejante, Dane?

—Porque es verdad —contestó él—. ¿No ha oído las noticias por la radio?

—Ni se me ha ocurrido conectarla —respondió la muchacha.

—¿No la ha llamado tampoco el jefe Masters?

—No. Pero ¿qué pasa, Dane?

—Use el teléfono. Hable con Masters e invítele a visitar a Vince Michaels. Que le pregunte dónde estuvo hace tres días a las diez de la noche. Dígale también que investigue sus cuentas corrientes y sus gastos. Y, finalmente, que le pregunte por sus relaciones con Spike Gallatin.

—Dane estoy hecha un lío —confesó ella—. ¿Quién es Gallatin?

—El hombre que intentó asesinar me anoche y al que alguien pegó cuatro tiros por no conseguirlo, O tal vez para evitar que un día pudiera delatarle. Ah, lo de los cuatro tiros es real no metafórico.

Mary se sentía llena de asombro. Al fin, pasados unos momentos, se puso en pie y caminó hacia el teléfono.

* * *

El jefe Masters vino cerca del mediodía y aceptó una lata de cerveza que le entregó la muchacha.

—Michaels tiene una coartada perfecta —aseguró—. Por otra

parte es sabido que jamás ha poseído un arma de fuego.

—Pudo haberla conseguido para la ocasión —alegó Long.

—Posible, pero no probable. La coartada de Michaels repito, es inatacable.

—¿Qué hay de Moenius? —preguntó Mary.

—Ni rastro. Se ha volatizado como si jamás hubiera existido.

—¿Se ha identificado el cadáver encontrado en la fundar de yeso? —preguntó Long.

—Aún no. Esperamos saberlo hoy, mañana como máximo. —Masters miró atravesadamente al joven—. Anoche no me dijo usted nada de la visita de Gallatin —le reprochó.

—Había gente. Quizá el hombre de los lentes con cristales gruesos tenía algún espía en las intermediaciones. Convenía que fuese a ver a su jefe, diciéndole que yo trataba de ocultar la realidad de lo sucedido. —Gallatin se defendió...

—No; fui yo. Cuando oí los disparos fuera, disparé dos veces, tanto para simular que Gallatin se había defendido, cosa que el asesino ya sabía no era cierta, como para hacerle ver que yo sí quería defenderme. Después tiré el revólver, seguro de que el asesino había escapado.

Masters se puso en pie.

—De todas formas, la coartada del ingeniero es inatacable. Y, además, no usa lentes.

—Pudo habérselos puesto para alterar sus facciones. En la oscuridad la cara no se ve pero sí se advierte el brillo de unos lentes —arguyó el joven.

—Dane, no siento una especial amistad por Michaels, pero tampoco tengo por qué mostrarme hostil. Si hubiera la menor sospecha de que tuvo algo que ver con Gallatin ya estaría en la cárcel.

Masters se despidió. Long y Mary quedaron solos, frente a frente.

—Entonces, ¿quién es el que contrató a Gallatin? —murmuró él.

—Hay todavía algunos sospechosos. Jessy Lunn, el contable, es alto y delgado y usa lentes aunque los cristales son de baja graduación óptica. En la oscuridad, sin embargo podrían dar origen a un equívoco.

—Tal vez, en efecto.

—Y aún tenemos al jefe de transportes, Billy Shole, alto y robusto... No, éste no, es demasiado corpulento. Tal vez Lou Stephens, el jefe de seguridad. Aunque no usa gafas, bien pudo ponerse unas para la entrevista.

Long movió la mano.

—Cualquier rato iré yo a visitar a la señora Quashaw —dijo.

—No conseguiré nada. Es dura como el diamante, tal como me anunció. Cuando le mencioné las pruebas del supuesto crimen cometido por su esposo, se echó a reír. Dijo que no sabía nada y que jamás había tenido la intención de divorciarse, pese a algunos devaneos de su marido que, sabía positivamente, carecían de importancia.

—Amy Weegh asegura lo contrario... —murmuró Long—. Ella sostiene ser el único amor de Quashaw.

—Puede ser su opinión particular —apuntó Mary—. En todo caso el testamento de Quashaw es inatacable: Violet es la dueña de todo.

—A menos que aparezca el documento de retrocesión de la patente.

—La patente volvería a los Castle, pero ella seguiría en posesión del resto de los bienes.

—Mary, voy a pedirle un favor —dijo Long de pronto.

—Si está en mi mano...

Long expresó su petición. Ella se quedó muy extrañada en un principio, pero no tardó en comprender las intenciones del joven.

—Pudiera dar resultado, en efecto —dijo.

—Al menos, valdría la pena intentarlo... —sonrió Long—. ¿Empezamos?

Una hora más tarde, Mary dijo que el resultado era satisfactorio.

—Aunque para una esposa, que debe conocer bien los matices de voz de su marido, la cosa pudiera no resultar tan perfecta —objetó.

—Seguiremos ensayando... —contestó él—. Y ahora, permítame...

—Eh, ¿adónde va? —exclamó la muchacha, viendo que Long se encaminaba hacia la puerta—. ¿Puedo ir con usted?

—¡Qué horror...! —Long fingió espantarse—. No, en absoluto. Es un sitio peligrosísimo, Mary, Ya le contaré a mi vuelta...

Amy Weegh abrió la puerta y se encontró delante de un enorme ramo de flores, que le ocultaba por completo el rostro y el torso de su visitante.

—¡Dane! —exclamó.

—Hola, guapa —saludó Long—. ¿Puedo pasar?

Amy alargó la mano.

—¿Crees que consentirla dejarte en el pasillo?

—¿Lo ves, Dane? Ya te dije yo que era una chica muy hospitalaria —sonó una vocecilla infantil.

—Eh, ¿quién es ése? —preguntó Amy, riendo.

—Un enanito. Está dentro de las flores. Se llama Sonny.

—Hola, Sonny —saludó ella.

—Eres guapísima. Dane no me había engañado... «contestó» el enanito.

—Tú si que eres un chico encantador —dijo Amy, verdaderamente complacida—. ¿Quieres tomar algo?

Ella formuló la pregunta mientras arreglaba las flores en un eran jarrón. Long la contempló críticamente. El atavío de Amy era realmente espectacular y el peinador que llevaba puesto parecía de vidrio. Debajo había un sugestivo conjunto de encajes color negro, que prestaba a la joven un encanto singular.

—Dane, te he preguntado si quieres tomar algo —insistió Amy.

Long avanzó hacia ella y la abrazó fuertemente.

—Sí —contestó—. Quiero tomarte a ti.

Amy entornó los ojos, a la vez que echaba la cabeza un poco hacia atrás.

—Eres terriblemente directo, querido —murmuró.

—Hay momentos en que me siento un bárbaro... como los vikingos, los hunos...

Asaltamos los poblados enemigos a sangre y fuego, y violamos a las doncellas.

—Siento miedo, Dane —dijo Amy.

Long buscó los cálidos labios de la joven.

—Tiembla mujer del pueblo enemigo —dijo—. Eres mía por derecho de conquista. Si protestas, te degollaré y luego me haré una copa con tu cráneo en la que beberé la sangre de mis enemigos. —

No protestaré— suspiró ella.

CAPÍTULO VIII

—¿Se portaban así los bárbaros del Norte? —preguntó Amy mucho más tarde, con voz lánguida.

—Bueno, en otros aspectos, no sé. Nunca se me ha ocurrido hacerme una copa con el cráneo de nadie.

Amy se echó a reír.

—Aunque no sea sangre de tus enemigos ¿puedo ofrecerte de beber? —dijo alegremente. Saltó del lecho, se puso una bata y fue hacia la sala para regresar a los pocos momentos con sendas copas en las manos. Sentada al borde de la cama, entregó una a su huésped y tomó unos sorbos de la suya.

Al cabo de unos momentos, dijo:

—Dane, tú no me engañas del todo. Sé que soy atractiva, y no me importa en absoluto lo que ha pasado, pero tú has venido aquí para algo más que estar un rato conmigo. ¿Por qué no hablas claro de una vez?

Long se apoyó en un codo y la miró fijamente.

—Tienes razón —contestó—. Amy, ¿es cierto lo que me dijiste acerca de las relaciones entre Quashaw y su esposa?

—¿Lo dudas?

—Ella asegura que jamás hubo conflictos en el matrimonio, a pesar de que sabía sus infidelidades. Pero no las tomaba demasiado en cuenta...

—Dane, esa mujer miente —afirmó Amy.

—Bien, yo quiero saber dónde está la verdad. No he hablado con ella y, personalmente me siento más inclinado a creer en ti que en la señora Quashaw. Pero se trata de un asunto de muchos millones ¿comprendes?

—Algo de eso me suponía. Dane tú y yo... Bueno, él está muerto

y ya nada se puede hacer. Yo soy una mujer joven y, en ocasiones, me siento un poco solitaria. Pero le quería sinceramente. Sí, dirás que me doblaba la edad y... También se puede amar a una persona mucho mayor, ¿verdad?

—No siempre la edad es obstáculo para el amor —contestó el joven sentenciosamente.

—Sentí muchísimo su muerte, créeme. De verdad, Peter no era feliz en su matrimonio.

Amy dejó la copa a un lado y se tendió en la cama, con las manos bajo la nuca.

—Hubo momentos de verdadera felicidad para los dos —dijo evocadoramente—. En especial, recuerdo una semana que pasamos en la cabaña de la vieja mina...

—¿Qué mina? —preguntó él.

—Oh, formaba parte de los bienes de su compañía, pero ahora está abandonada. Es un paraje muy hermoso, verdaderamente agreste... Hay una cascada de gran altura, profundísimos precipicios... Fueron ocho días realmente maravillosos. Incluso nos paseamos un poco en el teleférico del mineral, que aún funcionaba. Todavía se me ponen los pelos de punta cuando recuerdo aquel momento... Estábamos en el centro y había más de doscientos metros hasta el fondo del desfiladero...

De súbito, Amy saltó de la cama.

—Aguarda unos momentos —exclamó—. Nos hicimos fotografías, ¿sabes?

La joven salió del dormitorio y regresó a poco con un sobre de regulares dimensiones dentro del cual había un montón de fotografías. Eligió unas cuantas y se las entregó a Long.

Durante unos segundos Long se abstraigo en el examen de las fotografías, algunas de las cuales, y no precisamente por el arte del que las había tomado eran realmente bellísimas.

Pero entonces se dio cuenta de un detalle, que le hizo sentirse alarmado.

—Amy, estas fotografías tuvieron que ir a un laboratorio. Si alguien consiguió copias...

—Oh, no, no hay peligro porque fueron tomadas con cámara de revelado instantáneo. No hay negativos ni copias y todas las fotografías están aquí. Peter sabía que yo jamás le haría objeto de

chantaje —respondió ella.

—¿Está muy lejos esa mina?

—Unos ciento veinte kilómetros hacia el Norte. La explotación ya no resulta beneficiosa, por los gastos de transporte, que debía hacerse en camiones. Era imposible tender una línea férrea, ¿comprendes?

Long asintió pensativamente. Dejó las fotografías a un lado y miró a su hermosa interlocutora.

—Amy, creo que es hora de que me vaya —dijo.

Ella, a la vez que se inclinaba hacia adelante, con una sonrisa tentadora en sus labios cálidos y jugosos.

—¿Tienes mucha prisa?

Long dudó un momento. Los brazos de la joven como flexibles serpientes de carne blanca y perfumada se enroscaron voluptuosamente en torno a su cuello.

—No tienes ninguna prisa, querido —murmuró ardorosamente.

El tiempo desapareció como dimensión para la pareja. Luego, como entre sueños, Long creyó oír el tintineo de una campanilla. —Llaman— dijo Amy.

Long echó un vistazo a su reloj de pulsera.

—Las doce y media de la noche —murmuró.

Ella estaba poniéndose ya una bata.

—¡No abras! —Prohibió Long.

Amy se volvió, muy pálida.

—¿Por qué? —quiso saber.

—¿Es corriente que recibas visitas pasada la medianoche?

—No, claro...

—Aguarda un momento.

La llamada se repitió. Dane saltó de la cama y se puso los pantalones.

—Amy, ve al teléfono interior y llama al conserje de noche —indicó.

—Si, Dane —dijo ella, muy asustada.

Al cabo de unos momentos Amy se volvió hacía el joven.

—No contesta —dijo.

En aquel momento se oyó un leve ruidito. Long dirigió la vista hacia la puerta. Alguien había conseguido abrir y ahora se disponía a entrar en el departamento.

—Amy —susurró—, ve al dormitorio.

La joven escapó apresuradamente. Long se situó junto a la puerta, que ya giraba poco a poco.

Una silueta vestida de negro apareció ante sus ojos. Long alargó las manos. —Quieto— exclamó.

La sorpresa del intruso fue total, aunque supo reaccionar con increíble rapidez. Algo brilló en su mano y Long sintió en pleno rostro un chorro de líquido pulverizado. Alargó las manos nuevamente y notó el contacto de unas formas inequívocamente femeninas. Por un momento, pensó en Mary Castle, pero con increíble rapidez el gas empezó a hacer efectos en él y sintió que iodo daba vueltas a su alrededor.

La mujer le empujó con fuerza. Long cayó de rodillas apoyándose en el suelo con ambas manos. Sin embargo, no había perdido el conocimiento por completo, aunque se sentía tan débil como un recién nacido.

Vagamente oyó los pasos de la mujer que se alejaba hacia el dormitorio. De pronto oyó un agudísimo chillido.

Algo se rompió con gran estrépito. Un cuerpo humano cayó por tierra. Una silla fue derribada. Long sintió que se derrumbaba irremisiblemente.

Sonó otro grito. Alguien salió corriendo, tropezó con él, cayó y se levantó en el acto. Dándose cuenta de que iba a perder el conocimiento Long pensó amargamente que le había sido imposible evitar el asesinato de Amy Weegh.

* * *

Transcurrieron algunos minutos.

Long notó algo húmedo en su cara. Luego se dio cuenta de que tenía la cabeza apoyada en un cálido regazo femenino.

—Mary... —suspiró.

—¡Mary, un cuerno! —dijo alguien—. Soy Amy, Long se sobresaltó.

—¡Dios mío! Estás viva... —exclamó.

Ella, sentada todavía sobre sus talones, lo apartó a un lado con aspereza.

—¿Quién es esa Mary? —preguntó.

—No... no me hagas caso... Soñaba...

Long se sentó en el suelo y se agarró la cabeza coa ambas manos.

—¿Puedes traerme un poco de agua? —solicitó.

—Claro.

Amy volvió a poco. Long vació ansiosamente el contenido del vaso.

—Me arrojaron gas narcótico a la cara. Era una mujer —explicó.

—Lo sé. Vino a matarme.

—¿Cómo pudiste evitarlo?

—Me había escondido detrás de la puerta del dormitorio. Ella traía un «*spray*» con gas narcótico. Yo la golpeé con un jarrón aunque no acerté de lleno. Sin embargo, había perdido la iniciativa. Forcejeamos y la asesté uno o dos golpes. Entonces, se desmoralizó y echó a correr. Pero se dejó algo.

Amy enseñó un delgado cordón de seda anudado en forma de lazo.

—Pensaba narcotizarme —añadió—. De esta forma, me habría ahorcado sin resistencia.

—Amy, hay un conserje nocturno —le recordó Long.

—Si acabó de hablar con él. También fue narcotizado.

—La mujer tuvo que acercársele sin despertar sospechas. Por tanto el conserje le vio la cara.

—Fue un hombre, Dane.

—¿Un... hombre?

—Sí. Alto, delgado, con lentes de gruesos cristales. Parece ser que era su cómplice.

—Eso significa que la mujer es conocida y no le interesaba ser identificada.

—Ciertamente pero ¿por qué cometer el crimen ella y no el hombre de las gafas?

—¿Y si la obligó?

—Tienes razón, no se me había ocurrido.

Long se puso en pie.

—Amy, créeme cuando vi que me quedaba sin conocimiento, pensé lo peor. Fueron unos momentos terribles; sabía que te iban a matar y no podía evitarlo...

Amy le acarició la mejilla afectuosamente.

—Estoy viva, agradablemente viva —dijo—. Pero ¿quién es esa Mary?

—Oh... una antigua amiga —mintió Long—. Aunque se esté narcotizado, también se sueña... y yo tenía apoyada la cara en tu lindo pecho.

—¿Alguna vez la apoyaste en el pecho de Mary?

Long sonrió enigmáticamente.

—El pasado es el pasado —contestó evasivamente.

* * *

Alguien le arrojó un chorro de agua sobre la cabeza. Dormía boca abajo, con un brazo fuera de la cama, y se incorporó de un salto.

—Maldita sea...

—Déjese de juramentos —le apostrofó una voz conocida—. ¿Le parece bonito estar en la cama todavía, a las doce del mediodía?

—Las doce —exclamó Long, sentado en el lecho y con la sábana cubriéndole el cuerpo—. Parece que me he quedado dormido.

—La noche ha estado metida en juerga, ¿eh? ¿Quién era la prójima, Dane?

—No le debo ninguna explicación sobre mis asuntos privados —contestó él de mal talante—. Y si sale de mi cuarto podré levantarme para ir al baño.

—Muy bien. Actuaré con verdadero espíritu deportivo. Cuando salga tendrá preparado un cuartillo de café, hecho al estilo vaquero.

—Sí, ése es el que podría flotar una herradura, ¿verdad?

—Exactamente.

Media hora más tarde Long comprobó que, efectivamente, en aquel café hubiera podido flotar un buen trozo de hierro. Después de un par de tazas empezó a sentirse mejor.

—¿Y bien? —dijo Mary, sentada frente a él, con los codos apoyados en la mesa.

—Amy Weegh estuvo a punto de ser asesinada.

—Y usted lo evitó...

—No, lo evitó ella misma. A mi me narcotizaron, aunque, en cierto modo puede decirse que algo puse de mi parte para salvarla.

—A ver, cuénteme todo lo que pasó.

Long habló durante unos minutos. Al terminar, ella se sintió muy preocupada.

—Otra vez el hombre de los lentes —dijo—. Pero ¿por qué no subió él mismo a estrangular a Amy?

—A mí se me ha ocurrido una hipótesis. Puede ser que me equivoque, pero...

—Bien, suéltelo. Tal vez resulte aceptable.

—El cómplice narcotizó al conserje nocturno. Ella subió para asesinarla personalmente... por celos.

Mary reflexionó durante unos segundos.

—Es una hipótesis razonable —convino—. De todos modos hay algo que me interesa mucho más.

—Sí, el documento.

—Lo hago por mi padre. El había puesto toda su ilusión en su patente. Trate de comprenderlo, Dane.

—Le comprendo perfectamente —sonrió él—. Pero ¿dónde diablos pudo dejar Quashaw ese documento?

—¿Qué le parece la cabaña del lago?

—Trata de sugerirme que vayamos a registrarla. —Sí, Dane.

Long se puso en pie.

—¿A qué aguardamos? —sonrió.

CAPÍTULO IX

El interior de la cabaña estaba completamente revuelto. Los muebles que tenía tapizado habían sido desventrados. No quedaba un solo rincón en el que no se hubiera hecho un registro exhaustivo.

Después de contemplar con sus ojos aquella horrible confusión, Mary volvió al porche y, sentándose en un escalón, ocultó la cara entre las manos y rompió a llorar.

Chupándose el dedo pensativamente, salió a colocar una butaca en su sitio, por un gesto instintivo, pero una astilla inesperada le hizo sangre en el dedo índice.

Chupándose el dedo pensativamente, salió a la baranda y se sentó junto a la muchacha Mary le dirigió una mirada llena de aflicción.

Con un gesto instintivo, Long se limpió el dedo en el pantalón. Pero aún salía sangre y manchó la tela de rojo. Mary lo vio y se puso en pie.

—Voy a buscar un desinfectante...

—¡Espere! —gritó él repentinamente—. Siéntese.

Ella, muy extrañada, obedeció, situándose a la derecha de Long. El joven se apretó el dedo herido con los dedos de la otra mano, a fin de aumentar la leve hemorragia.

Entonces, trazó unos signos en la pernera derecha de su pantalón.

—Mary, ¿qué ve? —preguntó.

—Dos letras... v y M. Pero ¿qué significa esto?

—Quashaw dejó un mensaje antes de morir. Si esas letras se leen en la posición en que usted se encuentra, representan las iniciales de unos nombres: Vince Michels, por ejemplo. Pero también pueden leerse desde arriba, y quedan al revés. Entonces tenemos Amy

Weegh y Ashaph Moenius.

—Se olvida usted de otro nombre —dijo la muchacha—. Violet Martin.

—¿Cómo?

—Martin era el apellido de soltera de la señora Quashaw.

—Otro de los sospechosos.

—Sí, Dane.

—Hay otra posibilidad, en la que no hemos pensado hasta ahora —dijo lentamente.

—¿Cuál, por favor?

—Esas letras, acaso, no corresponden a un nombre de persona, sino de cosa.

—¿Una cosa?

—Sí, la vieja mina. ¿Sabía usted que Quashaw tenía allí otra cabaña, en la cual, y hace un par de años, pasó una semana con Amy Weegh?

Mary se puso en pie de un salto.

—¡Dios mío! ¡No se me había ocurrido pensar en ese lugar! —dijo.

Long consultó su reloj de pulsera.

—¿Conoce el camino? —preguntó.

—Desde luego.

—Está muy lejos. Llegaríamos de noche...

—¿Sugiere que aguardemos hasta mañana?

—Sí. Tengo entendido que la carretera es muy accidentada...

—¿Y si a ellos se les ha ocurrido también la misma idea?

—Entonces, ya no tenemos nada que hacer, porque por mucha prisa que nos demos, no podremos llegar a la mina antes que ellos.

Mary, nuevamente desalentada, volvió a sentarse en el escalón.

—De todos modos, iremos —dijo.

—Sí.

Long sacó cigarrillos. Fumaron en silencio durante unos momentos. Luego, de pronto, Mary hizo una pregunta:

—Dane, ¿cómo es Amy?

—¿Eh? —Long estaba distraído y no se percató en el primer momento de la intención de la pregunta.

—He dicho que cómo es Mary: afectuosa...

—Muchacha, si las cosas hubieran sucedido al revés, ¿le gustaba

que yo contestase a Amy a una pregunta referente a usted?

Mary se sonrojó violentamente.

—Era simple curiosidad de mujer —se disculpó.

—Lo encuentro lógico. Mary, mañana tenemos que salir muy temprano hacia la mina.

—Pórtese bien esta noche y acuéstese pronto —recomendó ella, con cierta sorna.

* * *

El viento silbaba tenuemente en las alturas. Long contempló la cascada, desplomándose desde los riscos, origen del arroyo que luego corría turbulentamente por el precipicio, y vio también las instalaciones abandonadas y en ruinas. Lo único que parecía en buen estado era el teleférico del transporte de mineral, cuyos cables atravesaban un espantoso precipicio, de paredes casi verticales. Long apreció que las vagonetas del cable aéreo se movían hacia el otro lado prácticamente por gravedad, dado que el desnivel entre ambos lados del cañón era de unos treinta metros.

El teleférico había sido necesario a causa de que la cascada estaba al otro lado y en aquel lugar se había instalado el lavadero de mineral. Una vez obtenido el producto puro, regresaba a la mina, desde donde los camiones lo llevaban a los centros de distribución.

Long se acercó a la maquinaria del teleférico. De vez en cuando, pensó, alguien subía a revisarla y procurar que estuviese siempre engrasada y a punto. En un cobertizo, relativamente en buen estado, se hallaba el generador de fuerza. Había también algunos bidones de combustible y una caja de herramientas.

La cabaña se hallaba a unos cien pasos, casi colgada sobre el precipicio, Long comprendió a Amy cuando evocaba la increíble belleza del lugar, al que ni siquiera conseguía estropear las instalaciones mineras.

—Si tuviese dinero, compraría todo esto —dijo—. Eliminaría las instalaciones y vendría aquí todos los fines de semana.

—Tal vez pueda conseguirlo —sonrió Mary.

—No. Cuando usted haya recobrado lo que le pertenece, me iré de la región.

—¿Adónde, si se puede saber?

Long se encogió de hombros.

—Soy un hombre sin norte —contestó—. Un vagabundo... ¿por gusto?

—Así podría definirse, si no le molesta.

De pronto, Mary se detuvo y le miró fijamente.

—¿No ha pensado nunca en el futuro? —preguntó.

—El futuro me asusta.

—Vaya, no creí que fuese un cobarde.

—Es cuestión de forma de pensar.

—Si, ya veo —dijo ella despectivamente.

—Ah, por lo visto, usted es partidaria del hogar, el marido, los niños una vida ordenada..., el esposo todos los días a las seis de la tarde, pipa, zapatillas, el periódico... y por la noche, cuando los niños duermen, un ratito de amor.

—¿Tiene eso algo de malo? —exclamó ella retadoramente.

—No, salvo que no es vida que me atraiga.

—Ya, usted prefiere los caminos, sol, lluvia, nieve... y una canción en los labios.

—No es una vida tan mala, Mary.

—Horrible —calificó ella, a la vez que ponía la mano en el tirador de la puerta de la cabaña.

Abrió. Delante de ella, sobre un sillón, se veía un sobre de gran tamaño, con una inscripción trazada mediante un rotulador:

PARA MARY CASTLE, *con las disculpas de P. Q.*

—¡El documento! —gritó ella alegremente.

* * *

Durante unos minutos, Long se enfrascó en la lectura del documento, compuesto por media docena de hojas de papel, en el que se detallaban minuciosamente las características de la patente. El párrafo de cesión estaba redactado en términos que no ofrecían lugar a duda y, aparte de las firmas necesarias, tenía el sello de la Oficina Nacional de Patentes.

Al terminar, Long se lo entregó a la muchacha.

—Es suyo —dijo—. Cada noche, cuando se acueste, rece por el alma de un hombre que supo arrepentirse a tiempo. Si tuvo defectos, si cometió pecados, ya han sido juzgados por Aquel que todo lo sabe.

Mary, con los ojos llenos de humedad, hizo un gesto de asentimiento.

—Supo portarse bien —murmuró—. Dios tenga piedad de su alma.

—Amén.

Salieron de la cabaña. Mary se sintió mucho mejor al respirar el aire puro y fresco de las alturas.

—Telefonaré a mi padre para que regrese cuanto antes. Seguramente, me dirá que hable con su abogado...

De pronto, Mary sintió una mano que se crispaba sobre su brazo. Volvió la cabeza.

Long se había puesto rígido. Su mirada estaba dirigida hacia un punto situado a cierta distancia.

Ella miró también en la misma dirección. Un írrito de espanto brotó de sus labios al ver la nube de polvo que se movía lentamente por el camino que conducía a la mina.

—¡Ellos! —gritó.

—Traerán armas y nosotros no llevamos encima un mal palillo de dientes —rezongó el joven.

El automóvil se hallaba a unos tres mil metros de distancia. Dadas las dificultades del terreno, Long calculó que todavía tardaría de ocho a diez minutos en llegar a la explanada de la mina.

De súbito, se le ocurrió una idea.

—¡Mary, creo que podemos escapar! —exclamó.

—¿Por dónde? No hay salida...

—Sí, hay una salida. Venga, rápido.

Long corrió al cobertizo de la maquinaria y efectuó unas ligeras manipulaciones. Mary oyó algunos chasquidos, empezando a comprender las intenciones de su acompañante.

—Sígame, Mary —dijo él un minuto más tarde.

La muchacha se dio cuenta de que Long llevaba en la mano algo parecido a una enorme manivela. Momentos después, se sintió asida por la cintura y colocada en el interior de aquel enorme cazo que era la vagoneta de mineral, pendiente del cable.

La manivela estaba ya dentro de la vagoneta. Acto seguido, Long empujó con todas sus fuerzas. Se oyó un fuerte chirrido y luego, lentamente, las ruedas que pasaban sobre el cable, empezaron a rodar.

Poco a poco, la vagoneta adquirió cierta velocidad. Durante unos segundos permaneció inmóvil, ya que debía remontar la pequeña pendiente que había antes de la torre de anclaje. Mary se dio cuenta del tremendo esfuerzo que realizaba el joven.

—Saltaré para ayudarle...

—¡No! —contradijo él enérgicamente.

Las venas de su frente se hincharon hasta tal punto que Mary creyó iban a estallar. De súbito, se oyó un fuerte chasquido y la vagoneta pareció caer al abismo.

—¡Dane! —gritó ella, espantada.

Long había caído de bruces al suelo, a consecuencia del último impulso. La vagoneta se acercaba ya rápidamente al borde del precipicio. Mary alargó un brazo instintivamente.

—¡Corra, Dane!

Long se puso en pie y saltó hacia adelante, dando zancadas de tres metros. Cuando la vagoneta se hallaba ya fuera del acantilado, se lanzó en un gesto suicida, con los brazos extendidos. Sus manos se agarraron al borde del vehículo aéreo, que adquiría velocidad rápidamente.

Mary sacó medio cuerpo fuera y agarró al joven por un brazo.

—Animo, Dane —dijo a media voz.

Long elevó primero la pierna derecha, pero, en el mismo instante, un súbito golpe de viento hizo oscilar la vagoneta y de nuevo volvió a quedar suspendido en el vacío. Mary se sentía aterrada sólo de mirar hacia lo que le parecía un inmenso abismo.

—Vamos, vamos, muchacho —dijo persuasivamente.

Al fin, Long, con un enorme suspiro, se dejó caer en el interior de la vagoneta. Sudaba a chorros y su corazón latía apresuradamente pero no permaneció mucho tiempo inactivo.

—He llegado a creer que se mataba —dijo la muchacha, mirándole intensamente.

—Yo no tenía tiempo de pensar en esas tonterías —contestó él con jovial acento—. De todas formas, gracias.

La vagoneta continuaba deslizándose a buena velocidad. Long se

asomó una vez y contempló el riachuelo que corría a doscientos metros. Era una vista preciosa, pero mareante.

De súbito, la vagoneta empezó a perder velocidad, cuando se encontraba a menos de cuarenta metros de la orilla opuesta.

—¿Qué pasa? —preguntó ella, muy alarmada.

—Lo que tenía que pasar, naturalmente. Nuestro peso produce cierta curvatura en el cable, pese a la pendiente, y ahora es preciso subir un poco. Pero he venido prevenido...

Atónita, Mary vio que el joven alzaba aquella singular manivela y la situaba en un saliente de sección cuadrada. Luego, Long empezó a moverla adelante y atrás, como la palanca de una antigua bomba de gasolina.

La vagoneta se había parado, pero casi en el acto empezó a moverse de nuevo. Mary, aliviada, respiró hondamente.

De súbito vio algo que la dejó sin aliento.

—¡Dane, están allí! —exclamo.

CAPÍTULO X

Había varias personas en el borde opuesto. Long no volvió la cabeza un solo instante, muy ocupado en accionar el mando manual de propulsión. Mary vio que un hombre se ponía de rodillas, con un palo en las manos.

El silbido de la bala llegó casi antes que el estampido del rifle. Mary se dejó caer en el borde de la vagoneta.

—¡Cuidado, nos tirotean! —chilló.

—Están desesperadas —dijo él.

Sonó otro estampido. La bala pegó contra alguna estructura metálica y rebotó con horrible sonido. Mary, tendida en el fondo, se dio cuenta de que Dane tenía medio cuerpo al descubierto.

—¡Por Dios, agáchate! —pidió, angustiada.

—No puedo. Todavía me faltan unos metros...

El siguiente proyectil dio en una rueda. Mary vio grandes manchas de sudor en la espalda de Long.

De repente, Long vio tierra firme por debajo de sus pies. Casi al mismo tiempo, notó una extraña sacudida.

—Mary, hay que saltar —gritó, a la vez que soltaba la manivela.

Ella no se hizo de rogar. Aunque la altura la pareció descomunal, dio la vuelta por el borde, se descolgó con las manos un instante y luego las abrió, para rodar por el suelo, justo en el instante en que la vagoneta se detenía a considerable distancia de la otra torreta.

Long saltó a continuación. Las balas continuaban llegando como pegajosos moscardones que, a veces, hacían volar fragmentos de piedra por los aires. Apenas estuvo en el suelo. Long agarró una mano de la joven y echó a correr con ella hacia la no distante espesura.

En el mismo instante, la vagoneta inició por sí sola un movimiento de retirada.

—Han puesto en marcha la maquinaria —exclamó ella.

Long volvió la cabeza. El caso podía empeorar si los pistoleros cruzaban el abismo. Había un rifle y más de un revólver...

De pronto, cuando ya estaban cerca de los primeros árboles, vio una pequeña caseta de madera, en la que había un rótulo casi borrado por las incidencias del tiempo.

—Mary, pasa al otro lado —ordenó.

El fusilero había cesado de disparar. Long comprendió que ahorraba municiones. Se acercó a la caseta e hizo saltar la puerta de un seco puntapié.

Una sonrisa de satisfacción apareció en sus labios al ver la caja que había en un rincón. Levantó la tapa; a veces convenía bendecir a los capataces descuidados.

Hurgó en los estantes de lo que había sido polvorín de la mina. Seguramente, lo habían tenido en aquel lado para evitar accidentes. Si el ingeniero había sido prevenido, no podía decirse lo mismo de sus inmediatos subordinados. El caso era que allí había fulminantes y mecha, suficiente para poner en práctica su plan.

Cuando la vagoneta estaba a punto de llegar a la otra orilla, Long arrimó un fósforo a la mecha del paquete de cartuchos de dinamita, que había colocado al pie de la torreta. Luego echó a correr. Mary, prudentemente, había sido enviada lejos de aquel lugar.

A cien metros de la torreta, Long echó un vistazo al otro lado. Dos hombres se aprestaban a entrar en la vagoneta.

En el mismo instante, se produjo la explosión.

Todo un lado de la torre voló por los aires. Después de varias oscilaciones, cayó a un lado, en medio de una espesísima nube de polvo y humo.

El cable, aunque no se había roto, pendía flácido sobre el cañón. Los ocupantes de la vagonera, aterrados, se habían apresurado a abandonarla.

Long sonrió apaciblemente. Luego se volvió hacia la muchacha.

—¿Vamos?

—Si, pero ¿adónde?

—¿Tiene usted alguna prisa en volver a Browndell?

—Hombre...

Long se apodero una vez más de la mano de la muchacha.

—Mary, quiero que sepa por propia experiencia cuál es la vida de un auténtico vagabundo —dijo.

* * *

El olor a carne asada hirió agradablemente la pituitaria de la muchacha. Notó que la boca se le nacía agua y el tiempo se le hizo interminable, hasta que Long le hubo entregado un buen trozo de conejo que había cazado mediante un lazo.

—¿Dónde aprendiste estas habilidades? —preguntó, tuteándole.

—Hice un curso de supervivencia en el Ejército. Me resulto muy útil —respondió él, muy ocupado en dejar limpia de carne una hermosa pata de conejo.

—¿Y después?

—Me licencié. Podía haber continuado; mi título me habría servido para ascender rápidamente. Ya era sargento de Ingenieros. Pero me ofrecieron un buen empleo y solicité la licencia.

—¿Título? ¿De qué, Dane?

—Pues... de eso, precisamente, ingeniero industrial.

—¡Atiza! ¡Y te lo has tenido callado hasta este momento!

—Claro. No veo por qué había de divulgarlo a los cuatro vientos, Mary.

—Bien, pero ¿qué pasó luego? Porque apareciste hecho un mendigo en Browndell...

—Pasó que el hombre que me había contratado aunque debo reconocer que de tacaño no tenía nada, resultaba un poco conservador. Yo le propuse un plan sencillo, nada arriesgado, para renovar su fábrica y él se negó. A fin de cuentas, tenía vendida toda la producción. Pero eso no me pareció bien y me despedí al finalizar el contrato. Estaba un poco harto de un trabajo regular, muy esclavizado, y había hecho unos ahorrillos. De modo que me concedí a mí mismo unas vacaciones... y eché a andar carretera adelante. Mary, créeme, es el mejor medio de disfrutar de la existencia.

Long dejó el hueso mondo a un lado y partió más trozo de conejo. Mary aceptó otra porción y luego hizo una pregunta:

—Tenías dinero, pero apareciste con los bolsillos vacíos... y una botella en el regazo. —Pensaba enviar un telegrama a mi Banco, a pagar por el receptor, naturalmente, con cargo a mi cuenta— dijo. —Los acontecimientos se precipitaron y ya no hubo necesidad de pedir dinero. En cuanto a la botella... bien, lo creas o no, la encontré abandonada debajo de la tela que cubría el monumento. Alguien la había tirado allí y todavía quedaba, más o menos, una copa. Me tomé el licor y empecé a dormir, eso es todo.

Ella entornó los ojos.

—Todo, no —murmuró—. Aún hay que encontrar al asesino de Quashaw, al de Owens... —Y también es preciso encontrar a Moenius. Pero eso no corre prisa por ahora.

Long terminó de comer y se limpió las manos con un puñado de hojas. Arrojó algunas ramas a la hoguera y luego se dedicó a cierta labor, que dio por terminada media hora más tarde.

—Princesa, la cama está preparada —dijo, señalando el amontonamiento de pinochas que había colocado al pie de un árbol.

Mary sonrió.

—Te falta una cosa, Dane.

—¿Sí?

—Una guitarra, para que arrulles mi sueño, con una serenata...

—Lo siento. Soy un negado para la música. Duerme tranquila, estos sitios no son propicios para las fieras. Sería peor si estuviésemos en invierno y escasease la caza.

—Creo que tú sabrías defenderme, Dane.

Long hizo un gesto de aquiescencia.

—De eso no cabe la menor duda —respondió—. ¡Buenas noches!

Al día siguiente, a inedia tarde, salieron a una carretera. Poco después, pasó un camión, cuyo conductor paró al ver los billetes que Long enseñaba ostentosamente con la mano estirada.

—¿Se han perdido, amigos? —preguntó.

—Estamos buscando oro —contestó Long, a la vez que ayudaba a la muchacha a trepar la cabina.

—¡No me diga! —se asombró el camionero—. ¿Y han encontrado algo que valga la pena?

Long le entregó los billetes.

—Usted lo ha encontrado —dijo.

El camionero se embolsó los billetes, a la vez que le guiñaba un

ojo.

—Esa chica es oro puro, amigo —exclamó, a la vez que movía la palanca de cambios.

* * *

El jefe Masters se presentó en casa de *Mary* poco después de las nueve de la noche. —Pero, muchacha, ¿puede saberse dónde te has Metido?— exclamó—. Llevo cuarenta y ocho horas buscándote...

—He encontrado el documento que fue la causa de la muerte de Quashaw —respondió ella...

—Mary, no me digas...

—Sí —confirmó ella—. Lo tengo. La patente es nuestra otra vez. Mañana iré a ver al abogado de papá. Hace unos minutos he hablado con él y me ha indicado lo que debo hacer.

—Me siento atónito... Pero ¿cómo pudo Quashaw...?

—Parece que había cambiado de modo de pensar y que miraba la vida de un modo muy distinto —respondió ella—. Y por eso Jo asesinaron.

—Sí.

Long había estado silencioso hasta aquel momento y levantó una mano.

—Un momento, jefe —exclamó—. ¿Sabía usted que Quashaw había sido asesinado?

—Claro. Mary me avisó y fuimos a buscarlo al lago en secreto. El cadáver está en el frigorífico de la muerte. Alguien le disparó una bala calibre treinta y dos.

—Un arma de mujer —dijo Long pensativamente.

—Un arma es un arma, quienquiera que sea el que la empuñe —contestó el policía, sentencioso—. Pero sí, parece lógico que sea una mujer la que use una pistola que puede esconderse fácilmente en cualquier bolso.

—Jefe, ¿no se le ha ocurrido sospechar de Mary?

—No, ni en sueños. Además, tengo un control exacto de las horas en que se produjeron los sucesos el día del asesinato. Mary y Quashaw me llamaron por teléfono *con* un minuto o dos de intervalo. Quashaw me dijo que estaba en su cabaña del lado norte. Mary estaba en la ciudad y uno de mis agentes la vio salir de su

casa apenas cinco minutos después de la llamada del muerto. Si tenemos en cuenta que se tarda una hora en llegar al lago, comprenderá que Mary queda por completo descartada de esa muerte.

—Y no se le ocurre un nombre para el asesino de Quashaw.

—Lo siento. Hay sospechosos, claro...

—Jefe, voy a darle un consejo. Mejor dicho, quiero pedirle una cosa.

—¿De qué se trata, muchacho?

—Hable con Stephens, el jefe de seguridad de la fábrica. Por su cargo, es fácil que pueda disponer de un rifle.

—Sí, es una buena idea. Ah, hemos identificado al hombre que apareció en el interior de la estatua.

—Interesante —comentó Long—. ¿Quién era?

—Carl Houlaïd, detective de la agencia

Brunn's.

Mary se tapó los ojos con las manos. —Murió por mi culpa— gimió.

—Mary, tú contrataste un detective porque lo estimabas necesario —dijo Long, a la vez que se inclinaba hacia ella—. No tienes en absoluto la culpa de que alguien disparase contra Houlaïd...

De pronto, se irguió.

—Jefe, alguien sabía que un hombre de la

Brunn's

tenía que venir a Browndell —exclamó.

—Yo no se lo dije a nadie —aseguró la muchacha.

—¿Cómo te entendiste con la agencia?

—Primero, por teléfono. Me pidieron un anticipo a cuenta y les envié quinientos dólares. Luego recibí una carta, confidencial, en la que me decían que el detective estaba en camino...

Long entornó los ojos, a la vez que se volvía hacia el teléfono.

—Contrataste el detective unos diez días antes de que encontrásemos el cadáver —dijo.

—Sí, aproximadamente.

—Y hace una hora escasa has estado hablando con tu padre. —
Sí.

Long empezó a pasearse por la estancia, Mary y el tefe de policía le contemplaban expectantemente.

Al cabo de unos momentos, Long se volvió hacia Masters.

—Jefe —preguntó—, ¿ha hablado usted con los obreros que tenían que transportar la estatua al monumento?

—Sí, desde luego. También he hablado con el director de la constructora de piscinas. Teman que empezar el trabajo la misma mañana en que murió Owens.

—Alguien ha cometido un terrible error —dijo lentamente—. Lo malo es que un inocente pagó con su vida culpas que no tenía.

—Dane, empiezo a sospechar que están en peligro. Dejaré vigilancia... —propuso Masters.

—No, no lo haga. Recelarían y podríamos perder todo lo conseguido. Váyase tranquilo; ya le informaré mañana de lo que pase esta noche.

Mary se sobresaltó.

—¿Crees que va a pasar algo, Dane?

—Sí. Estoy absolutamente seguro. Alguien va a venir a tu casa antes de que llegue el nuevo día. Si tu teléfono está intervenido, a estas horas ya saben que tu padre se ha enterado de que es de nuevo el dueño de la patente.

—Si esos documentos se destruyeran, mi padre perdería todo...

—Eso es exactamente lo que desean —confirmó Long con amplia sonrisa.

CAPÍTULO XI

La puerta se abrió lentamente, sin el menor ruido, Long, tendido en el diván, abrió un ojo.

A través de la ventana entraba algo de luz, procedente de la calle. El intruso cerró con todo cuidado. Luego contempló al hombre tumbado en el sofá.

Long se removió. El hombre se *le* acercó rápidamente y le puso un revolver en la sien. —No haga ruido— dijo en voz baja.

Long fingió despertarse bruscamente.

—Eh, qué...

—Silencio o disparo.

—E... está bien... Callaré...

El individuo retrocedió un par de pasos. A tientas, buscó el interruptor y encendió una lámpara situada en una mesa baja.

—Long, usted nos ha causado graves trastornos, pero no quiero matarle —dijo, sin desviar el arma un solo instante—. Sólo deseo una cosa. ¿Se imagina *lo* que *es*?

—Creo... creo que la tiene ahí...

Bajo la lámpara había un sobre de regulares dimensiones. El intruso, sonrió a la vez que alargaba la mano libre.

—Ahora quemarán los documentos, ¿verdad?

—Imagínese —contestó el intruso.

—El sobre está cerrado. ¿Por qué no se cerciora de que contiene el documento verdadero y no un montón de hojas en blanco?

—Quiere distraerme, ¿verdad...? No soy tan tonto, amiguito. —De pronto, el sobre voló por los aires y cayó sobre el regazo del joven—. Ábralo y enséñeme el documento.

—Claro.

Long extrajo del sobre media docena de hojas mecanografiadas.

El intruso, a tres o cuatro pasos de distancia, asintió.

—Muy bien, ponga todo dentro del sobre y déjelo en el suelo, a dos pasos del diván —ordenó.

El sobre resbaló unos pasos por el suelo y el hombre se agachó para recogerlo con la mano izquierda, sin perder de vista a Long. Luego, paso a paso, retrocedió hasta la puerta.

—Por cierto —dijo—; el teléfono está desconectado desde la calle. No se moleste en llamar a la policía.

—Es lo último que haría, amigo —contesto Long llanamente.

—Usted me agrada. Nos hizo una buena jugada en el teleférico. Pero no fue demasiado listo. ¿Por qué no hizo explotar la dinamita cuando la vagoneta estuviese a mitad de camino?

—Ustedes tenían rifles y yo sólo piedras. La desproporción salta a la vista, me parece.

El intruso soltó una leve carcajada.

—Nadie sabrá que he estado aquí, de modo que no podrán probar nada —se despidió.

La puerta volvió a cerrarse. Long aguardó todavía un minuto y luego se puso en pie. Tras apagar luz, corrió hacia la ventana.

La voz de Mary sonó a sus espaldas.

—¿Se ha ido ya?

—Sí. ¿Cómo estás levantada?

—No podía dormir. Lo he oído todo y he pasado un miedo espantoso...

—Yo tampoco me sentía demasiado tranquilo, aunque pensaba que lo que menos le converja a Shoole era un crimen.

—¿Ha sido Shoole? ¿El jefe de transportes?

—Sí, el mismo. ¡Mira, ahora sale! —exclamó Long de súbito.

Una figura humana se hizo visible en la calle. El individuo miró unos instantes a derecha e izquierda y luego avanzó resueltamente a lo largo de la acera. El sobre era visible en sus manos.

Súbitamente, alguien salió de un portal vecino. Vestía una especie de gorro semiesférico, chaquetón tres cuartos y pantalones. En la mano llevaba una cosa que brillaba y que, de súbito, emitió un sonido parecido a una fuerte palmada.

El arma había sido apuntada directamente a la cabeza de Shoole quien, después de un terrible estremecimiento, se tambaleó. Antes de que cayera al suelo, el sobre había cambiado de manos, Cinco

segundos más tarde, el asesino había desaparecido de la escena.

Mary se sentía aterrorizada. Long corrió las cortinas y encendió la luz.

—Si no has visto nunca un crimen, ya no podrás decir lo mismo en lo sucesivo —habló calmosamente—. Voy a preparar café; creo que lo necesitas.

Mary se derrumbó en un sillón.

—Pero ¿por qué? —gimió—. ¿Por qué tantas muertes?

—Por algo que vale millones, así de sencillo —respondió él, mientras se encaminaba hacia la cocina.

Cuando volvió, con la bandeja en las manos, se oyó una sirena policial.

—Ya han descubierto el cadáver —dijo.

—No hemos reconocido al asesino —murmuró ella.

—Ya lo encontraremos, no te preocupes.

Mary alzó la vista.

—¿Has dicho «lo encontraremos»?

—Sí, exactamente eso.

—Pero ¿cómo...?

—No te preocupes Mary, *creo* que le convendría un sedante.

Ella hizo un gesto enérgico.

—No Prefiero dormir naturalmente. Ahora no tengo sueño, pero si lo forzase, creo que tendría unas pesadillas horribles —declaró.

Long emitió una sonrisa imperceptible.

—Me gustan las chicas valientes —dijo.

* * *

El operador hizo una prueba y luego se volvió hacia la pareja.

—El teléfono funciona perfectamente —dijo—. Y se despidió.

Apenas se había marchado, alguien llamó a la casa. Era el jefe Masters, Mary tomó el aparato y se lo entregó al joven.

—¿Jefe?

—¿Qué han visto ustedes? —tronó Masters—. Bill Shoole he aparecido muerto, a menos de cien pasos de esa casa, con una bala en la cabeza...

—No es que hayamos visto gran cosa, pero voy a darle una pista, jefe —contestó el joven—. Haga que examinen la bala que

encontrarán en la cabeza de Shoole. Apostaría cien a uno a que salió de la misma pistola que mató a Quashaw.

—Long, ¿cómo diablos sabe que Shoole tiene una bala en el cráneo? —preguntó Masters recelosamente—. ¿No ha dicho que no han visto nada?

—Bueno, era sólo una frase tópica... ¿Querrá llamarnos apenas sepa algo?

Masters emitió un gruñido y colgó. Acto seguido, Long se volvió hacia la muchacha.

—Me marchó, pero volveré a la hora de la cena —dijo.

—¿Adónde vas? —preguntó Mary.

—Necesito explorar el terreno. Ah, a la vuelta, reanudaremos los entrenamientos.

Mary parpadeó varias veces, pero cuando quiso decir algo, ya estaba sola.

Long regresó cuando ya era de noche. Mary acogió su llegada con innegable alivio. Sin saber por qué, se sentía mucho más tranquila teniendo el joven a su lado.

—Todo marcha —sonrió él—. ¿Qué tal la cena? Tengo un hambre de lobo.

—No soy precisamente buena cocinera, pero he hecho lo que me ha sido posible —contestó la muchacha.

—Bueno, otro día nos iremos al campo a cazar conejos. Lo encontraste sabroso, ¿verdad?

Los ojos de Mary brillaron.

—Nunca había comido nada más apetitoso —dijo.

—Eso es que estabas muerta de hambre. Y, a propósito, ¿guardas dieta para conservar la línea?

—Como de todo y lo que se me apetece, sin restricciones.

—Eres una mujer afortunada, Long tomó el aperitivo que ella había preparado mientras conversaban. —Mary, pronto vamos a separarnos— anunció.

—¿Por qué? —se alarmó ella.

—Tu padre habrá conseguido lo que deseaba y yo no tengo nada que hacer en Browndell. A menos que inauguren otro monumento, claro.

Hubo un instante de silencio, Mary le miraba por encima de su copa.

—De tu futuro hablaremos en el momento preciso —dijo al cabo —. Bien, vamos a cenar; luego continuaremos los entrenamientos, *

* *

La señora Quashaw se quedó helada de horror cuando vio los papeles que le tendía el hombre que estaba frente a ella.

—Pero... eso es...

—Es una burda copia, que no vale el papel en que está escrito —dijo Jassy Lunn, jefe contable de la fábrica.

—Entonces me ha engañado. Le he cagado medio millón...

—Lo siento, señora.

Sonó una risita. Había un hombre sentado en una butaca, con una copa en las manos.

Violet Quashaw se volvió hacia él, furiosa.

—¿De qué te ríes estúpido? —gritó nerviosamente.

—De eso, precisamente. Te han estafado medio millón, con unos papeles sin valor. Ahora buscará hacer un trato con el documento auténtico, pero no contigo precisamente.

—Me las pagará... —gritó Violet, descompuesta—. ¡Juro que me las pagará!

De repente, sonó el teléfono. Lunn agarró el aparato, escuchó un instante y luego, pálido como un difunto, miró a Violet.

—Su... su esposo..., señora...

Ella le miró como si se hubiera vuelto loco.

—Mi... esposo... —repitió—. ¡Pero está muerto!

—¡Es él, señora! ¡He reconocido su voz! —aseguró el contable.

Violet se tambaleó.

—No puede ser, no puede ser...

Maquinalmente, alargó la mano. Una voz conocida sonó en sus oídos.

—Hola, hermosa. ¿Gimo van tus devaneos? ¿Con quién te vas a la cama esta noche?

¿Es el escultor quien va a gozar de tus favores?

—¡Pete! —chilló Violet—. ¡Tú estás muerto!

Sonó una estruendosa carcajada.

—A ver si es que te crees que en el infierno hay cabinas telefónicas para llamar a esposas infieles, que luego se convierten en viudas asesinas. Estoy vivo y cualquier operación financiera que hayas hecho, quedará anulada automáticamente.

—Pete, tengo pruebas de que cometiste un asesinato...

—Fue un accidente, aunque lo oculté, debo admitirlo. Pero tú estás complicada en la muerte de Carl Houlaïd, junto con tu última adquisición para el servicio amoroso, ese detestable escultor, pedante, presuntuoso y mal picapedrero, llamado Moenius. Lo que sucede es que ralló el traslado de la estatua, porque, de repente, Norman Owens pidió más dinero de lo estipulado y te negaste a ello.

—Por el amor de Dios, Pete, ¿dónde estás? Dímelo, quiero verte; aún podemos arreglamos...

—Es tarde ya. Querida, ahora deberás responder de varias muertes: Houlaïd, Owens, Gallatin...

—¡Yo no maté a Gallatin! Fue Moenius...

—Ah, el hombre a quien has tenido escondido todo el tiempo en tu casa.

Moenius oyó aquella acusación y saltó en el asiento.

—¡Violet! —chilló.

De pronto, Lunn sintió un miedo espantoso y echó a correr. Violet y el escultor quedaron a solas.

—Todo lo hice por ti —dijo Moenius rencorosamente—. Eres una mujer mala, egoísta...

Ahora ves las cosas perdidas y quieres librarte de mí...

Violet se pasó una mano por la frente.

—Dispénsame, querido —murmuró—. Estoy nerviosa... No sé lo que me digo... Con paso inseguro se acercó a una consola y se apoyó en el mueble. Moenius, irresoluto, se acercó a ella.

Entonces, súbitamente, Violet abrió un cajón sacó un revólver y disparó un tiro a la frente del escultor.

CAPÍTULO XII

Cuando oyó el timbre de llamada, Amy Weegh cruzó la sala haciendo ondear la *negligée* que llevaba puesta y abrió la puerta. Un destello de alegría, apareció en sus ojos al reconocer a su visitante.

—¡Dane! No te esperaba —exclamó.

—Entonces, debo marcharme —dijo él.

—Oh, qué cosas tienes... Entra, querido. ¿Qué te apetece tomar?

—¿Hay *whisky*?

—Claro. ¿Con o sin hielo?

—Dos cubitos, por favor.

—Aguarda un momento, cariño.

Long se inclinó hacia el sillón donde estaba la muñeca y la cogió con la mano derecha. —Ya era hora, hombre— dijo la muñeca—. Tenía unas ganas locas de verte. —¿Por qué. Nelly?

—Hombre, es que hay cosas que no se explican. ¿Cómo se produjo el cambio de estatuas?

—Ah, eso es que Norman Owens estaba metido en el asunto hasta el cuello y quiso sacar una tajada mucho mayor, pero a alguien no le pareció bien y le pegó un tiro, sin saber que la estatua de granito se hallaba ya en el fondo de la piscina de su casa.

—Iban a arreglar esa piscina o a reformaría —siguió Nelly—. Pero ¿es que los obreros no verían la estatua?

—Owens tenía pensado decir que se trataba de un «borrador» del que luego se había copiado el original que debía ir al monumento. En realidad, la estatua que debía quedar enterrada bajo el cemento era la de yeso, pero Owens, en su calidad de concejal de cultura, pudo hacerse con un camión grúa y se llevó la estatua de granito, a fin de poner en un compromiso a los asesinos de Houlaïd y conseguir más dinero.

—¿Quién era Houlaïd? —preguntó Amy, a la vez que entregaba al joven un vaso.

—El detective que había contratado Mary Castle. Esa chica tenía el teléfono intervenido. En realidad, creía complicada a la señora Quashaw en su supuesto crimen del que tú ya tienes noticias y quería forzarla a que le devolviese la patente que pertenecía a su padre. Pero esto no le convenía a la señora Quashaw, quien, en realidad, había asesinado ya a su esposo, aunque sin saber que el muerto que apareció en la cama incendiada era un doble.

—Amy, ¡qué tío tan listo! —exclamó la muñeca.

Amy se echó a reír.

—Tienes toda la razón, Nelly —dijo.

—Oye, preciosa, y, además de listo, ¿tienes otras habilidades... varoniles?

—¡Nelly! Una señorita bien educada no hace jamás preguntas indiscretas —exclamó riendo la dueña de la casa.

Long dejó la muñeca a un lado y se sentó en el diván.

—Tienes que explicarme todavía muchas cosas —dijo Amy sentándose a su lado.

—Bueno, prácticamente, está todo explicado ya —contestó él—. Violet se dio cuenta de que la fortuna que había heredado estaba en peligro. Sin la patente de los Castle, los demás bienes ya tienen poco valor. Ella ha gastado mucho, ¿sabes?

—Con el escultor.

—Y con otros amantes. Pero si ahora tuviera que ceder la patente, se quedaría poco menos que en la ruina. Esa patente es la salvación de la empresa Quashaw.

—Ya entiendo. Dane, eso explica las persecuciones...

—Violet se gastó mucho dinero también en Lou Stephens, jefe de los vigilantes. Se gastó el dinero en un helicóptero que está en el fondo del lago..., y ahora, me imagino, se habrá gastado también una enorme suma, acaso rebañando el fondo del caldero, en comprar los documentos de la patente.

—¿Cómo?

—Mary y yo encontramos los documentos. Violet se dio cuenta de que los teníamos porque, aunque registró la cabaña del lago, no encontró allí nada. Entonces recordó la otra cabaña, la de la mina. —Y el documento estaba allí.

—Sí.

Long explicó a la joven lo sucedido en la mina. Amy le miraba con ojos muy abiertos.

—Es fantástico. Estuvisteis a punto de morir...

—Pudimos salvarnos pero luego vino Shoole a la madrugada y se llevó el documento. Apenas había salido de la casa, alguien le pegó un tiro en la cabeza, le quitó el sobre y escapó.

—Horrible. ¿Se sabe quién fue?

—Tú, Amy.

* * *

Sobrevino un instante de silencio. Luego, de repente, se oyó una risa nerviosa en la estancia.

—Dane, eso lo ha dicho la muñeca —exclamó Amy.

—No. Lo he dicho yo.

—Estás loco.

—Estoy completamente cuerdo. Tú eres la persona que se cubría la cabeza con un gorro, llevaba un chaquetón largo y pantalones. En la oscuridad y, a cierta distancia, podías pasar por un hombre. Sabías que Mary Castle tenía los documentos y esperaste a que Shoole, por orden de Violet, se los llevase. Entonces, al salir a la calle, le disparaste un tiro a la cabeza y escapaste con el sobre.

Amy se puso en pie.

—Todo eso no tiene el menor sentido...

—¿Tiene sentido el intento de asesinato por parte de Violet? ¿Habías empezado a presionarla ya y quiso eliminar un estorbo? Pero, por desgracia para ti, se probará que mataste a Shoole.

—No lo hice, pero, aunque lo hubiera hecho, dudo que...

—La bala que han encontrado en la cabeza de Shoole es de calibre 32, y fue disparada por la misma pistola con la que se dio muerte a Quashaw.

En el rostro de Amy desapareció todo rastro de sangre.

—¿Cómo llegaste a sospechar de mí? —preguntó.

—Una vez me preguntaste si estaba herido. Eso me dio mucho que pensar, porque no tenías motivos para sospechar que había corrido algún riesgo. Pero por otra parte eras la única persona, además, de Mary Castle, que conocía la existencia de Quashaw.

Amy, habían pasado dos años ya y, pese a todo lo que me has dicho, Quashaw ya no representaba nada en tu vida, excepto dinero. Seguramente, mencionó los documentos de la patente y entonces fue cuando tuviste la idea de conseguirlos. Fuiste a la casa del lago, directamente, sabiendo que Quashaw iba a entrevistarse con Mary. Le disparaste al corazón, creyendo que sería fácil encontrar os documentos. Quashaw, sin embargo, tuvo tiempo de escribir en el pantalón tus iniciales, con el dedo manchado en su propia sangre. Podían tomarse esas iniciales como una indicación de que los documentos estaban en la vieja mina y eso es lo que me pareció, tras haber tenido éxito al conseguirlos. Pero no, Quashaw te acusaba con tanta seguridad como si estuviese vivo.

Muy nerviosa, Amy bebió un buen trago. Long preguntó:

—¿Qué has hecho de los documentos?

—Los he vendido. Violet me ha pagado medio millón. Extendió una docena de cheques, que iré cobrando sucesivamente. Me marchó de Browndell, Dane.

—¿Tú crees?

Ella se inclinó hacia adelante.

—Llegué a amar a Pete —dijo—. Pero nunca se atrevió a pedir el divorcio. Yo creo que, en el fondo, lo que quería era tener dos mujeres hermosas. Cambiaba de mujer según su humor, ¿comprendes?

—Había cometido un asesinato...

—Si me hubiera amado de veras, habría desafiado el escándalo. Tenía dinero, podía contratar buenos abogados... ¿Qué pruebas hubiera presentado una mujer cuya única habilidad consistía en sentarse ante el tocador o pasarse el día en un baño de espuma?

—Amy, en alguna parte está la pistola calibre treinta y dos.

—Diré que alguien la puso aquí, Violet, por ejemplo —contestó ella despectivamente—. Con medio millón ¿no crees que encontraré un buen abogado?

—Puede que también encuentres algo que no te guste —sonó de pronto la voz colérica de Violet Quashaw.

Amy se revolvió velozmente hacia la entrada. Divisó a Violet, con una pistolita en la mano y echó a correr hacia una consola. Cuando abrió el cajón, sonó el primer disparo.

Se oyó un terrible aullido. Haciendo un esfuerzo supremo. Amy

se volvió, pistola en mano. Cuando apretó el gatillo, Violet hacía fuego por segunda vez.

Amy retrocedió, espantosamente pálida, con una mancha de sangre que se extendió con gran rapidez entre sus hermosos senos. Cerca de la entrada. Violet se había arrodillado, agarrándose el brazo derecho con la mano izquierda. La sangre fluía entre sus dedos y había una expresión de intenso sufrimiento en su rostro.

De pronto, Amy cayó a un lado y se quedó quieta. Long la miró un instante y luego se acercó a la otra mujer.

Desesperadamente. Violet Intentó recobrar el arma que se le había escapado de la mano. Long la empujó con el pie.

Ella maldijo obscenamente. El joven, impasible, sacó un pañuelo y lo ató al brazo, en el que la bala había trazado un profundo surco, casi de la muñeca al codo.

—Antes de morir, su esposo decidió que la patente debía volver a su dueño —dijo calmamente—. Me imaginé que alguien intentaría recobrarla e hice una copia a máquina en casa de Mary Castle. Pero esa copia estaba destinada solamente a engañar a la persona que viniera a llevarse el documento, como así sucedió con Shoole.

Long agarró a la mujer por debajo de los sobacos y la llevó hasta un diván. Puso *whisky* en una copa y se la entregó. Violet bebió, pero el cristal tintineó repetidas veces al chocar con sus dientes.

—Mi esposo vive... —dijo ella.

—No. Yo imité su voz. Mary me entrenó para ello. Su esposo murió por segunda vez cuando Amy le pegó un tiro en la casa del lago.

Las lágrimas empezaron a resbalar por los ojos de la mujer.

—Usted tenía al escultor escondido en su casa —siguió Long—. A Moenius, pese a su progresismo, le gustaban la buena vida, las mujeres hermosas... Usted lo sabía y se aprovechó de ello para convertirlo en su cómplice, incluso cuando lo envió a entrevistarse con Gallatin, incluso cuando fue con él a esta misma casa. Moenius era el hombre de las gafas con gruesos cristales que, en realidad, no necesita, pero que le desfiguraban considerablemente, sobre todo si se piensa que todos cuantos le vieron con esos lentes puestos lo hicieron por la noche y en lugares de escasísima visibilidad.

En la calle se oyó el aullido de una sirena policial.

Súbitamente, Violet se echó a reír. Long pensó que se había vuelto loca.

—De todos modos, Amy no habría conseguido lo que deseaba —dijo la mujer—. Eran cheques extendidos contra cuentas sin fondos.

* * *

—¿Dónde está ese muchacho? —preguntó días más tarde el señor Castle—. Me interesaría contratarle...

—Dijo que vendría hoy, papá —contestó Mary.

—Ya tenía que estar aquí —refunfuñó el padre de la muchacha—. No me gustan las gentes impuntuales.

—Papá, si quieres contratar a Dane, tendrás que aguantar alguna de sus excentricidades. Recuerda, tienes la patente de nuevo, gracias a él.

Herbert Castle miró a su hija de una forma extraña.

—Yo tengo la patente, en efecto, pero ¿qué va a tener él?

Mary se sonrojó vivamente. De pronto, sonó el teléfono. Castle levantó el aparato, escuchó unos instantes y luego se lo pasó a la muchacha.

—Es para ti, hija.

—Mary, soy Masters. Long se ha marchado.

—¡Qué! —gritó ella, sin aliento.

—Uno de mis agentes lo ha visto a la altura del Caravan. Lleva un palo y un hatillo al hombro...

—Ese hombre no va a escarmentar jamás —dijo Mary, furiosa—. Jefe, haga que le sigan, sin que se *dé* cuenta. Voy a ver si trato de alcanzarlo.

Mary dejó el teléfono en la horquilla.

—Papá, tienes que venir conmigo —dijo—. Mamá también, por supuesto.

—Pero, muchacha...

Una hora después, Long, que caminaba apaciblemente por un camino secundario, divisó un helicóptero que descendía de las alturas. Antes de que pudiera percatarse con claridad de lo que sucedía, vio a varias personas que saltaban a tierra. Mary se plantó delante de él, con las manos en las caderas.

—Pensabas escabullirte y dejarme abandonada, ¿eh? —exclamó.

—Mary, yo...

La muchacha se volvió hacia uno de los pasajeros recién desembarcados del helicóptero.

—Reverendo, venga aquí —llamó.

Todo ocurrió en pocos minutos. Cuando quiso darse cuenta, Long estaba contestando afirmativamente a una pregunta formulada por el pastor.

—Vaya, así que somos marido y mujer —exclamó.

El señor y la señora Castle sonreían.

—Una boda algo extraña, pero perfectamente legal —dijo el primero.

—Hijo mío —suspiró la señora Castle, a la vez que abrazaba a su flamante yerno—. Hazla muy feliz... Por cierto, ¿adónde vais en viaje de novios?

Mary agarró la mano de su marido y tiró de él.

—No lo sabemos —contestó—. ¡El mundo es ancho!

—Herbert, creo que me va a dar algo —se lamentó la señora Castle—. Estos jóvenes de hoy día...

El señor Castle meneó la cabeza.

—Estos jóvenes de hoy día me dan una envidia terrible —dijo—. Mary y su esposo harán lo que nosotros no tuvimos el valor de hacer cuando era nuestro turno.

Con las manos unidas, Long y Mary se alejaban por el camino, sombreado por numerosos árboles.

El helicóptero alzó el vuelo nuevamente. Ninguno de los dos volvió la cabeza una sola vez.

FIN



LUIS
GARCÍA
LECHA.

Nació en Haro (La Rioja) en 1919. Con 17 años el destino le hizo alistarse como infante en el bando nacional de la Guerra Civil. «Van a ser cuatro días», le dijeron, «y conocerás mundo». Pero los cuatro días se convirtieron en tres años de guerra y para rematar la faena, ya con el grado de teniente de la Legión, lo mandaron al Pirineo. En Lérida conoció a la que fue su mujer Teresa Roig. Había que buscarse la vida y se decidió a ingresar en el cuerpo de funcionarios de prisiones en la cárcel Modelo de Barcelona. El destino quiso que en la prisión, cumpliera condena uno de los grandes de la literatura «de a duro», Francisco González Ledesma, «Silver Kane», con el que comenzó a colaborar, en principio por pura curiosidad. Pero la curiosidad se fue convirtiendo en pasión y el funcionario en escritor. La posibilidad de ganarse la vida como escritor le deciden a abandonar su trabajo de funcionario y consagrarse al oficio al que dedicó todos los días de su vida en jornadas de doce horas. Clark Carrados tenía que sacar adelante a su mujer y a sus cuatro hijos y se puso a la heroica tarea. A las seis de la mañana en la máquina de escribir hasta la hora de comer. Siesta y nueva sesión hasta la cena.

Sólo así podía llegar a escribir las tres o cuatro novelas a la semana que le exigían las editoriales, Bruguera y Toray, que imponían a su cuadra de escritores unas condiciones leoninas, de trabajo a destajo, sin sueldo, que convertían a los «escribidores» en auténticos estajanovistas de la literatura popular.

También ha sido autor de artículos de humor para los tebeos Can-Can

y D. D. T., de la editorial Bruguera y de numerosos guiones para historietas de Hazañas bélicas y de aventuras. García Lecha, un hombre introvertido aunque alegre, se enclaustró en su casa de donde apenas salía, construyó folio a folio una obra literaria en la que figuran más de 2000 novelas de todos los géneros, oeste, ciencia ficción, policiales, terror, etc. Utilizó los seudónimos de Clark Carrados, Louis G. Milk, Glenn Parrish, Casey Mendoza, Konrat von Kasella y Elmer Evans. Falleció en Barcelona el 14 de mayo de 2005.